

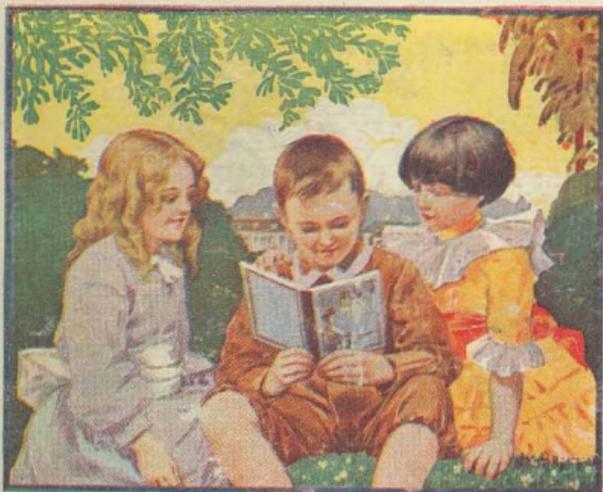
EL LIBRO DEL ESCOLAR

SERIE DE LIBROS DE LECTURA

PROSIGUE

SEGUNDO LIBRO

TEXTO ADOPTADO POR LOS CONSEJOS DE EDUCACIÓN DE
BUENOS AIRES, ENTRE RÍOS, SANTA FE, CÓRDOBA,
TUCUMÁN, SALTA, Y OTROS



POR EL PROFESOR

PABLO A. PIZZURNO

NUEVA EDICIÓN CORREGIDA

CABAUT Y CÍA
EDITORES

“LIBRERÍA DEL COLEGIO”
BUENOS AIRES

LL
1925
PIZZ

PRECIO : \$ 1.50 m/n

Biblioteca Nacional de Maestros

I $\frac{A}{20}$ 10



00021291

PROSIGUE

LIBRO SEGUNDO DE LECTURA

DEL AUTOR:

SERIE DE LIBROS DE LECTURA

PININOS. — Moderno método de lectura rudimentaria.

PROGRESA. — Libro primero de lectura corriente.

PROSIGUE. — Libro segundo de lectura corriente.

EN PREPARACIÓN:

PERSEVERA. — Libro tercero de lectura corriente.

PERFECCIÓNATE. — Libro cuarto de lectura corriente.

*Cada libro, un tomo encuadernado en cartóné^o
profusamente ilustrado.*

EL LIBRO DEL ESCOLAR
SERIE DE LIBROS DE LECTURA

PROSIGUE

O. R. C. N. del E
en sus Clases

LIBRO SEGUNDO DE LECTURA CORRIENTE

POR EL

Prof. PABLO A. PIZZURNO

Ex Director de la Escuela Normal de Profesores de Buenos Aires.
Ex Inspector General de Enseñanza Secundaria y Normal
de la República. Ex Inspector Técnico General
del Consejo Nacional de Educación, etc.

Sección de Infancia

NUEVA EDICIÓN CORREGIDA

28436



BUENOS AIRES

CABAUT y Cía., Editores

"Librería del Colegio" — Alsina y Bolívar

1925

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Biblioteca Nacional de Maestros

120 x 135

El autor está convencido de que si los padres de familia se enteran de los propósitos a que responde este libro, han de poner empeño en secundarlos. Por eso, a todos aquellos cuyos hijos usen esta obra como texto, les ruega quieran molestarse leyéndola, íntegra, ellos también.



DERECHOS RESERVADOS.

(Leyes N^{os} 7092 y 9510.)

A LOS MAESTROS Y A LOS PADRES DE FAMILIA

*« Leer y entender es algo ;
Leer y pensar es mucho ;
Leer y sentir es cuanto puede desearse. »*

Todos reconocen que el libro de lectura es el único que debe darse a los niños en los primeros grados de la escuela y el más importante siempre en ésta por razones bien conocidas.

Medio principal de instrucción, debe serlo mucho más de educación, de la moral en primer término. El niño ingresa en la escuela después de los seis años. Lleva ya en el alma el sello que la herencia, el hogar, el ambiente todo, han impreso en ella y ese sello sería difícil borrarlo si fuese malo. Atenuar las influencias nocivas, aumentar las benéficas, debe ser la preocupación continua del educador.

Se valdrá de todos los medios, en primer término del ejemplo, del ambiente creado alrededor del niño, de la acción coordinada de todas las enseñanzas, de la historia como de la geografía, de las ciencias naturales como de las matemáticas, del dibujo, del trabajo manual, de los juegos, del canto y, sobre todo, de las narraciones y lecturas cuidadosamente escogidas.

He ahí por qué la nota moral, dominante en este libro, como debe serlo en los demás, he procurado darla en forma tal que impresione al niño, provocando reflexiones y emociones saludables. Éstas, repetidas, dejan rastros profundos, forman los hábitos, como en el orden físico se desarrolla y vigoriza los músculos con benéfica repercusión cerebral y ética, por la frecuencia de los ejercicios racionalmente elegidos.

Hasta en los capítulos de carácter más instructivo que educativo he introducido oportunamente alguna sugestión moral.

Calculadamente he huido de presentar el ejemplo del vicio y sus consecuencias como medio de inspirar repulsión por él, pues no creo que ése sea el más eficaz, ni el más conveniente para

obtenerlo, sobre todo tratándose de niños: el espectáculo frecuente del mal familiariza con él y hace que se le encuentre natural. Por eso he preferido poner casi siempre a la vista del niño el cuadro de la belleza y excepcionalmente el de la fealdad moral.

Véase, por ejemplo, lo que ocurre entre nosotros con la mentira. Tan envueltos por ella estamos, por razones que no es éste el lugar de exponer, que ya las gentes llegan a encontrarla natural, y hasta aquellos que en los primeros años de su vida, por haber sido educados « a la antigua » por sus padres intransigentes, no hubieran podido faltar a la verdad, contra lo cual toda su naturaleza moral se habría sublevado, hoy se acomodan sin mayores resistencias a « las circunstancias » y entran también por las prácticas « modernas » que han hecho desaparecer el « santo horror a la mentira », santo horror que por sí solo bastaría para fundar la moralidad completa y la felicidad de los pueblos.

En estas tres palabras: *combatir la mentira*, puede encerrarse, hoy, el mejor programa para el educador argentino. Declaro que en mi modesta esfera de acción he de contribuir resueltamente a realizarlo.

Para ello, como para formar otros hábitos morales, debe empezarse desde la más tierna edad.

En mis libros se hallarán, de intento deslizados a cada paso, consejos o sugerencias relativos, no sólo a moral, sino también a urbanidad, a lo que podríamos llamar pedagogía doméstica, y a la higiene, tan lamentablemente descuidada en nuestro país.

Inciten los maestros a los niños a que lean en sus casas en alta voz y a que interesen a los padres o a los hermanos mayores en sus lecturas.

Deseo que el libro facilite ese propósito. He procurado escribirlo de modo que atraiga, tanto por los asuntos elegidos y la manera de tratarlos, cuanto por las profusas ilustraciones que contiene, al alcance del niño y escogidas en su mayor parte entre cuadros célebres de valor artístico indiscutible, cuyas reproducciones he aprovechado. Otras he debido crearlas y tomarlas fotográficamente (1). Las he puesto abundantes y hasta de gran

(1) Debo algunos elisés a distinguidos aficionados que han tenido la deferencia de permitirme su reproducción.

tamaño, respondiendo al elemental precepto pedagógico de que a los niños hay que llevarles al alma ante todo por los sentidos.

He atendido a los otros fines especiales de un texto de lectura, cuidando de que el lenguaje sea sencillo y natural, de manera que el niño tenga hasta en eso una lección de verdad, como la tiene en las escenas referidas, las cuales reproducen hechos nunca inverosímiles ni mucho menos absurdos.

Repito que he procurado hacer animadas, vivas, las escenas, para interesar al niño en la lectura, convencido como estoy, cada día más, de que el principal secreto del éxito consiste en despertar en aquél el deseo de aprender y en hacerle amar la lectura, la buena lectura, en la cual hallará siempre uno de los mejores medios de asegurar su progreso y bienestar futuros. Estimulado el deseo de aprender, muchos detalles de método resultan ya de influencia secundaria.

Preparar el autodidacta es deber tanto más ineludible cuanto que, por desgracia, el niño egresa de la escuela mucho antes de haber completado su instrucción primaria.

Se encontrarán en todo el curso del libro descripciones e *interpretaciones* de láminas, que pueden servir de guía a los alumnos para ensayarse a su vez en describir e interpretar, bajo la dirección del maestro, ejercitando así sus facultades de observación y de reflexión. Muchísimas ilustraciones, tanto de las grandes como de la mayoría de las que corresponden a las narraciones, pueden ser aprovechadas como temas de composición o descripciones orales y escritas, sencillas (frases sueltas y cortas), o complicadas, como se quiera o convenga, según las aptitudes de los alumnos. He agregado, sin texto, varias láminas grandes, para que sirvan al mismo propósito, procurando, así, suplir en algo, la carencia de cuadros en nuestras escuelas. El maestro las utilizará como mejor le parezca.

No quiero concluir sin aconsejar a mis colegas, los maestros, que hagan lo posible por dignificar la enseñanza de la lectura corriente, procurando realizar con ella los tres propósitos indicados a la cabeza de este prólogo: que, al leer, el niño *entienda, piense y sienta*, si es posible.

A los maestros que no los hubiesen leído, les recomiendo los

libros *El arte de la lectura*, de Legouvé, y *La lectura en acción*, del mismo autor, especialmente el primero.

Y permítaseme consignar aquí varios ejercicios que podríamos llamar de gimnasia pulmonar y que conviene que ejecuten muy frecuentemente los niños, para adquirir algunas de las aptitudes naturales constitutivas del buen lector.

Son las siguientes:

1º Inspirar profunda y regularmente por la nariz; espirar también lentamente.

2º El mismo ejercicio, levantando los brazos lateralmente.

3º El mismo ejercicio, pero por la boca.

4º Inspirar profundamente por la boca; espirar por la nariz y viceversa.

5º Hacer inspiraciones profundas entrecortadas.

6º Hacer espiraciones fuertes y bruscas (acción de apagar una vela con un soplo brusco).

¿Necesito recomendar la lectura al aire libre y algunos (pocos) minutos diarios de ejercicios de lectura en coro, para que « saquen » la voz los niños tímidos?

¿Necesito insistir en la conveniencia de hacer que los niños lean siquiera una vez en silencio cada capítulo *antes de leerlo en voz alta*?

¿Necesito recordar que las explicaciones requeridas para la inteligencia plena de algunas frases o palabras deben ser previas a fin de no interrumpir el interés ni malograr la emoción que muchas lecturas pueden producir?

Si los maestros se ejercitan mucho, mucho, en aumentar su poder de sugestión por medio de la lectura expresiva, no acabarán de felicitarse en presencia de los resultados maravillosos que obtendrán como educadores; adquirirán una aptitud que influirá en todas sus enseñanzas, porque mejorará considerablemente lo que podríamos denominar su elocuencia didáctica.

PABLO A. PIZZURNO.

Enero de 1901.

ÍNDICE

	PÁG.		PÁG.
A los maestros y a los padres de familia	5	SEGUNDA PARTE	
Índice	9	27. Mi bandera	53
PRIMERA PARTE		28. En la escuela.....	54
1. El niño aseado.....	11	29. La lección de lectura...	55
2. <i>Consejos, máximas, etc.</i>	12	30. Mentir es cobardía.....	58
3. La sillita de oro.....	13	31. Las plantas.....	60
4. Mercedes y Sarita	14	32. Una conspiración	61
5. Castigado	15	33. El día de los niños bien educados	65
6. El ciego.....	16	I. — <i>Por la mañana</i> ..	65
7. El nieto mimado.....	17	II. — <i>En la calle</i>	67
8. ¡Buen provecho!.....	18	III. — <i>En la escuela</i>	69
9. El disfraz del perro.....	21	IV. — <i>En casa</i>	74
10. La sombra	23	V. — <i>En la mesa</i>	76
11. Pepita y su abuelo.....	25	VI. — <i>De noche</i>	78
12. La clase de canto.....	26	34. <i>Consejos, máximas, etc.</i>	80
13. Elladrón de nidos castigado	28	35. En el buen y en el mal camino. (TEMA DE COMPOSICIÓN)	81
14. <i>Consejos, máximas, etc.</i>	29	36. Honradez de un niño....	82
15. Toma, toma, corderito. (TEMA DE COMPOSICIÓN)	30	37. La lección de Geografía.	84
16. Los perros.....	31	38. El agua	87
17. ¿En qué mano está?...	35	39. Delia	88
18. Esperando	36	40. La desobediencia castigada. (TEMA DE COMPOSICIÓN)	90
19. Cogido en la trampa....	38	41. El niño remolón.....	91
20. La careta.....	40	42. El carpintero rústico...	93
21. Pescadorcitos	41	43. El afilador y un batalloncito. (TEMA DE COMPOSICIÓN)	95
22. El canario	43	44. Vendedora de géneros	96
23. <i>Consejos, máximas, etc.</i>	44		
24. Las ovejas	45		
25. La abuelita y su nieta...	47		
26. Obedientes, veraces y cariñosos	49		

	PÁG.		PÁG.
45. Lo que saben Luis y José sobre animales.....	98	70. <i>Consejos, máximas, etc.</i>	152
I. — <i>Vertebrados e invertebrados</i>	98	71. La habitación.....	153
II. — <i>Mamíferos</i>	100	72. El goloso	156
III. — <i>Aves</i>	101	73. <i>Consejos, máximas, etc.</i>	159
IV. — <i>La composición de José</i>	103	74. ¡Viva, viva el campo! (TEMA DE COMPOSICIÓN)	160
V. — <i>Los reptiles</i>	104	75. Insectos y arañas.....	161
VI. — <i>Los peces</i>	105	76. La patria	164
46. Un gran susto.....	106	77. <i>Consejos, máximas, etc.</i>	168
47. La Pula.....	108	78. ¡No sea flojo, amigo!...	169
48. La bruja de la aldea....	110	79. Las medidas	170
49. El ratón	113	80. TEMA DE COMPOSICIÓN ..	171
50. La niña aristocrática y la campesina	116	81. El gatito enfermo y el médico	173
51. Historia en dos cuadros. (TEMA DE COMPOSICIÓN)	119	82. <i>Consejos, máximas, etc.</i>	176
52. TEMA DE COMPOSICIÓN.	121	83. Ayudaos los unos a los otros	177
53. El retrato de Teté.....	123	84. <i>Consejos, máximas, etc.</i>	177
54. Abnegación de un niño.	124	85. ¿Quiere componerlo? (TEMA DE COMPOSICIÓN)	178
55. El embustero y el lobo.	126	86. Las ocupaciones de Zunilda y Agustín.....	179
56. El asno.....	129	87. Una carta de Adelita a su papá.....	183
57. El amor filial.....	131	88. Sed perseverantes	186
58. Los alimentos.....	132	89. <i>Consejos, máximas, etc.</i>	191
59. <i>Consejos, máximas, etc.</i>	134	90. ¡Esto no tiene composi- tura! (TEMA DE COMPO- SICIÓN)	192
60. El mejor gimnasio para los niños. (TEMA DE COM- POSICIÓN)	135	91. El pollito. (TEMA DE COMPOSICIÓN)	193
61. Las bebidas.....	136	92. Un futuro artillero.....	195
62. Edith y la clase de labores	137	93. Jugando a las visitas... ..	197
63. El frutero y la fruta....	140	94. Margarita y Rosalía ...	202
64. <i>Consejos, máximas, etc.</i>	142	95. Los niños y la patria... ..	209
65. Nuestros vestidos.....	143	96. Elementos geométricos.	214
66. La niña generosa.....	145	97. TABLA PITAGÓRICA	215
67. <i>Consejos, máximas, etc.</i>	148	Consejos para evitar la tu- berculosis	217
68. El enfermito	149		
69. En la primavera.....	151		

PROSIGUE

SEGUNDO LIBRO DE LECTURA CORRIENTE

PRIMERA PARTE

1. — El niño aseado.



Martín se baña todos los días.

Siempre entra contento en el agua.

¿Por qué llora hoy?

Llora porque el agua está más fría que de costumbre.

Su hermanita ya se bañó y ahora se está vistiendo.

Mira la cara de Martín y se ríe. ¡Claro! Ella ya pasó el mal rato.

Martín se enoja, pero también se reirá dentro de un momento, cuando salga del agua y se vista.

¡Qué calentito se va a sentir envuelto en la sábana de baño!

Se queda en la tina, aunque el agua esté fría, porque es un niño bien acostumbrado y obediente. Pero es un flojo y por eso llora.

La cosa no es para tanto.

Después del baño va a estar contento.

Estoy seguro de que mañana dirá:

Ya no quiero llorar, aunque esté fría el agua.

Eso será portarse como un hombre. ¡Bravo!

En invierno no se baña todos los días.

Se baña una vez por semana, en agua templada. Muchas personas se bañan diariamente, aun en invierno. Pero, eso sí, Martín se lava muy bien siempre, aunque haga frío.

Es un niño muy aseado.

¡Qué antipáticas son las personas sucias!

2. — Consejos, máximas, etc.

Sed corteses con todo el mundo, especialmente con vuestros padres y maestros, con los ancianos y con los desgraciados. En la calle, cededles siempre el lado de la pared.

Respetad a los hombres que visten blusa y tienen callos en las manos. Son los soldados del trabajo y los mejores servidores de la patria.

3. — La sillita de oro.

Estas tres niñas son hermanas.

Se llaman Elvira, Lola y Mercedes. Elvira es la que *está* a la izquierda. Mercedes se *halla* a la derecha.

Lola, que *ocupa* el centro, es *la menor* de las tres.

Están jugando a la *sillita de oro*.

Esta silla no tiene *respaldo*, ni *palos*.

En vez de *patas* tiene piernas que no son tías.

Las dos niñas *mayores* forman el *asiento* tomándose de las *muñecas*.

Ésta es una sillita muy rara.

Es capaz de salir corriendo, dejando caer a Lolita.

Pero eso no sucederá.

Sería un mal proceder.



4. — Mercedes y Sarita.

Las dos hermanitas están de pie delante de un espejo.

El espejo *refleja* sus imágenes.

La menor, Sarita, hace gestos para convenirse de que es ella misma.



La mayor, a quien llaman *Mechita*, se contempla sin sorpresa, porque ya otras veces se ha visto reflejada.

Ese espejo es *ovulado* y está sobre un pie de madera.

Yo conozco a las dos chicas y me son muy simpáticas.

¿Sabéis por qué?

Porque, cuando sus padres les mandan

algo, obedecen *inmediatamente* y con placer.

También me gustan porque dicen siempre la verdad. En esto se parecen al espejo, el cual refleja fielmente lo que se le pone delante.

5. — Castigado.

Han tocado la campana.

Es el último toque, porque han concluido las clases del día.

Los niños forman y salen, en orden, a la calle.

Los que van en la misma dirección se juntan y así llegan a sus casas, conversando y entretenidos.

— *Y usted, amiguito, ¿qué hace ahí?*

¿Por qué llora? ¡Ah! ¿Lo han retenido?

Usted tiene la costumbre de salir mal formado, atropellando a todos y gritando desaforadamente.

Pues aguante usted la penitencia.

Cuando todos hayan llegado a sus casas el maestro le dirá:

« Roque, puedes irte ahora. »

Y usted tendrá que irse solito, sin tener con quien conversar en el camino.



6. — El ciego.

¿Que música es esa que suena en el zaguán?

Ha entrado un pobre que pide limosna.

Está ciego.

Toca el *violin*. Su compañero toca el *clarinete*.



Esa niña *escucha* y *oye* lo que tocan.

Ella *mira* y *ve* a los dos músicos; pero el ciego no ve a la niña.

Para él es siempre noche oscura.

¡Qué desgracia tan grande!

Reconoce a las personas de su familia y a sus amigos por la voz.

También es capaz de reconocerlos con sólo tocarles la cara.

¡Pobres ciegos!

Nosotros no podemos comprender cuánto sufren.

Guardemos algunas de las monedas que de cuando en cuando nos dan papá y mamá, para entregarlas a esos desdichados.

¡Que siquiera no les falte pan, ni a ellos, ni a sus hijitos!

A los pobres les gusta mucho la limosna de los chicos, y cuando éstos dicen: *Tome, hermano*, conocen por la voz que es un niño quien se la da, y se alegran...

¡Pobrecitos!

7. — El nieto mimado.

¿Qué sucede?

Ya lo adivino.

El abuelo da a su nieto todo lo que éste desea; satisface todos sus caprichos y el chiquillo está mal acostumbrado.

Los *mimos* le han puesto insoportable.

Por cualquier motivo se enoja, llora, patalea, da manotones a *diestro y siniestro*.

Ahora ha cogido al abuelito por las barbas y no lo suelta.

Le hace bastante daño. Se le conoce en la cara al abuelito.

¡Cómo *frunce* el *entrecejo*!



El chico llora, rabioso, sin que le duela nada.
Muestra los primeros dientecitos.

Al abuelito, en cambio, se le han caído casi todos.

Ved como tiene sumidos los labios.

El uno empieza a vivir. El otro terminará pronto su *existencia*.

Representan la *infancia* y la *vejez*.

8. — ¡Buen provecho!

He aquí un montón de conocidos.

Todos son animales *domésticos*.

Hay perros, gatos, gansitos y pollos.

¿Nada más?

¡Ah! sí... A la izquierda, por entre las tablas, asoma la cabeza una gallina.

¿Será la madre de los pollitos?

Creo que sí.

Cuando la gallina estuvo *clueca*, la dueña colocó un montón de huevos en un nido preparado dentro de un cajón.

La gallina se echó sobre los huevos para *empollarlos* con el calor de su cuerpo.

Así estuvo 21 días, levantándose sólo de tiempo en tiempo, para comer y moverse un poco.

Por fin salieron los pollitos, alegrando la casa con su *pío pío*.

Vedlos cómo buscan, para comérselos, los granitos dispersos por el suelo.

BIBLIOTECA NACIONAL



¡Buen provecho!

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Pero lo que más llama la atención, en este cuadro, es el grupo de *cachorros* y gatitos.

Rodean un platazo que debe contener leche.
¡Con qué ganas la beben!

Entretanto, las dos madres, la perra y la gata, como buenas amigas, contemplan satisfechas la animada escena.

Se trata de sus hijos, a cuya defensa acudirían las dos, si alguien intentara hacerles daño.

Lo mismo haría la gallina acometiendo a picotazos al que molestase a sus pollitos.

Ya sabemos que la gallina, los gansos y los pollos son *aves*, mientras que los gatos y los perros son *mamíferos*.

Decidme ahora: ¿Cuántos *cuadrúpedos* alcanzáis a contar es esa lámina?

¿Cuántos *bípedos*?

9. — El disfraz del perro.

Rosa y Manuel tienen un perro negro, al que llaman *Tom*.

No lo dejan tranquilo; pero Tom es muy paciente.

Verdad es que no le hacen daño.

Sin embargo, a veces el perro se cansa y escapa.

— ¡*Tom!* ¡*Tom!* grita entonces Manuel, corriendo detrás del animal!

Y Tom se deja tomar en brazos, sin que se le ocurra nunca morder a sus fastidiosos amos.

Esta mañana dijo Rosa :

— *Manuel, ¿quieres que disfracemos a Tom?*

Manuel aplaudió la idea y en seguida pusieron manos a la obra.

Él fué en busca de Tom. Rosa trajo un pañuelo,



que ató a la cabeza del perro, y ahí le tienen ustedes disfrazado.

¡Cómo goza Manuel con la ocurrencia de su hermana!

— *Parece una señorita* — dice.

— *Holo, señorita Tom, ¿cómo está usted?*

— *Le duele la cabeza* — exclama Rosa. — *Por eso se ha atado el pañuelo. ¿No es así, Tom?*

— *No. Es lavandera y tendrá que andar al sol* — replica su hermano. — *Por eso se protege cubriéndose la cabeza. ¡Bien hecho, Tom!*

El paciente animal todo lo tolera. Parece que se diera cuenta del cariño que le profesan los dos chicos.

Después le darán un trozo de pan o de carne y le pondrán agua limpia en el tacho en que bebe. Tom lo sabe y por eso es amigo de los dos.

10. — La sombra.



Los dos hermanos estaban jugando.

Pedro, con su sable de madera en la mano, daba voces de mando.

— ¡Batallón!... ¡Paso redoblado!... ¡March!...

Y él mismo imitaba el tambor.

— ¡Plan... rataplam... rataplam... plam...
plam...!

Su hermanito lo seguía, marcando también el paso.

Era ya el anochecer y estaban solos.

De pronto, vese en la pared una sombra, y *ambos* lanzan un grito de espanto

El menor, asustado, cae al suelo y llora

Pedro no sabe si huir, abandonando a su hermanito, o quedarse.

Está *perplejo* y lleno de miedo.

El sable se le ha caído de la mano, y ya no se acuerda de su batallón.

— ¡Vamos, pues, amigo!... No sea tan miedoso. ¿No ve usted que es una sombra producida por algún objeto que se *interpone* entre la luz y la pared?

Tal vez sea la sombra de otro muchacho que está ahí cerca y a quien usted no ha visto.

Tome su espada y atropélela. Ya verá cómo no pelea.

O póngase usted delante y notará cómo cambia la figura.

No tenga miedo, que no le va a suceder nada.

Y no crea usted en *sombras, aparecidos y fantasmas* que hacen daño.

Eso no existe.

11. — Pepita y su abuelo.



¿Quién puede contemplar esta lámina sin *sonreír* y sin sentir inmediatamente simpatía por las dos personas que en ella aparecen?

Él es, sin duda, el abuelito.

Ha sido pescador, seguramente. Lo digo porque veo la *red* debajo del sillón en que se halla sentado.

Colgado del techo, se ve el *esqueleto* de un pez grande. Lo conserva como recuerdo de quién sabe qué aventura.

Cerca del pescado, en un estante, se alcanza a ver un barquito de madera, quizá una *miniatura* de la embarcación en que el abuelo hizo sus primeros viajes.

¡Cuántas veces habrá peligrado su vida, luchando con las olas, arrastrada su barquilla por furioso *huracán!*

¡Cuántas veces su mujer y sus hijos lo habrán esperado, llorosos, horas enteras, sentados en los *peñascos*, a la orilla del mar!

Ahora son sus hijos los que trabajan. Él disfruta del bien ganado descanso.

Su placer más grande es divertirse con su nietecita.

En este momento toca el acordeón y ella baila.

Me parece estar oyendo la pieza que ejecuta, alguna pieza antigua que él también bailaba en su niñez.

¡Cómo le divierten las graciosas posturas de la querida bailarina!

12. — La clase de canto.

Es hora de cantar.

Todos los niños, menos dos, están de pie alrededor del *armonio* y de la mesa del maestro.

Aquí hay dos maestros. Uno acompaña el canto en el instrumento. El otro canta con los niños y los dirige.

Están ensayando un canto nuevo.

El día anterior copiaron *la letra* en el cuaderno de deberes generales.



Algunos ya la saben de memoria; por eso no tienen el cuaderno en la mano.

¡Con qué atención cantan todos!

¡Sólo hay uno que no canta! Es ese que está sentado junto a *la esquina* de la mesa del maestro.

Parece que llora.

— ¡Ah! ¿Está usted en penitencia por no haber traído su cuaderno? ¡Qué vergüenza!

Muchos de estos niños cantarán luego en sus casas también y reinará la alegría en el hogar.

A mí me gustaría que todos los días hubiese siquiera un cuarto de hora de canto en la escuela : con piano o sin él.

Yo aprendí y sigo aprendiendo a cantar por *audición*. En mi casa no hay piano. Pero yo sé muchas canciones. Y canto siempre.

13. — El ladrón de nidos castigado.



¿Ríes al contemplar esa figura?... En verdad que no es para menos.

Pero no es de risa la cara de Eustaquio.

Es grave lo que le pasa ; y por cierto que lo tiene merecido.

¿No le han dicho a usted, caballero, que es una crueldad ir a robar los huevecillos de los pájaros?

¿No sabe usted, señor don Eustaquio, que de cada huevo saldrá un *pichoncito* y que la madre que los empolla los quiere, pues son sus hijos?

¡Ah! ¿Usted lo ha olvidado?

¿Trepóse usted por el tronco, llegó hasta el nido, sacó los huevos que había dentro, los metió en su pañuelo y empezó a bajar, contento del éxito de su excursión por los aires?

¿Qué pronto cambió usted de cara al recibir el saludo de la madre!

Vuelva usted a cambiarla, amiguito, que la que pone es muy fea. ¡Cierre esa boca, por favor!

Y suelte pronto el pañuelo; pues, de lo contrario, me parece que la cabeza se le va a llenar de chichones más grandes que los huevos que ha robado.

Mire que ya le han arrancado la gorra y ahora los picotazos van a caer sobre la cabeza.

¡Que la lección le aproveche, don Eustaquito!

14. — Consejos, máximas, etc.

Dime con quien andas y te diré quien eres.

No hay rosas sin espinas.

El obrero se conoce en la obra.

15. — Toma, toma, corderito.



Tema de conversación y descripción oral.

16. — Los perros.

¡Noble animal! Es un *perro de Terranova*.
Si no hubiera sido por él, ese chico hubiera
muerto ahogado.



¡Cuánto habría sufrido la madre!
El perro lo vio caer y se echó al agua *sin vacilar*, para salvarlo.

Buen trabajo le costó. Por eso está *jadeante*

Si nadie viene *ladra*rá para que *acudan* a recoger al niño.

También me gustan mucho los *perros de San Bernardo*. Esos salvan a los viajeros que se pierden entre la *nieve*.



Hay muchísimas clases de perros, desde los *mastines* corpulentos, hasta los *cuzquitos* y perros *ratoneros* que andan siempre *husmeando* alrededor de las cuevas.



¡Y qué diferentes son los unos de los otros!

Lo son por el *tamaño*, *forma*, *pelaje* y *costumbres*.

Son modelos de *fidelidad*.

Llegan hasta *lamer* la mano del amo que los castiga.

Cuando se les acaricia, *menean* la cola en señal de alegría.

El perro es el *guardián* de la casa. Con sus *ladridos* avisa que alguien se acerca o pretende entrar. A los amigos de la casa los reconoce,



y entonces no ladra.

Los ladrones se alegrarían mucho de que no hubiese perros.



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



¿En qué mano está?

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Biblioteca Nacional de Maestros

17. — ¿En qué mano está?

Estos siete chicos acaban de jugar con muñecas, carritos y caballos de madera.

Ahora han cambiado de diversión.

Seis están sentados en un banco largo.

Una de las niñas está en pie, delante de la fila.

Esconde en una mano un objeto pequeño y, presentando las dos manos cerradas, pregunta a uno :

— ¿En la derecha o en la izquierda?

El interrogado contesta señalando la mano que elige.

Si *acierta*, se cambian los *papeles*: a él le toca esconder el objeto y preguntar para que los otros adivinen.

Si no adivina, la misma niña esconde otra vez el objeto llevando las manos atrás para que no la vean hacer los cambios.

Presenta en seguida las manos a otro de los jugadores, hasta que uno *acierta*.

Y así se continúa.

¡Con cuánto gusto juegan estos chicos!

Observad la cara del que es interrogado en este momento.

¡Con qué alegre *ansiedad* mira a la que le pregunta!

¿Adivinará?... ¡Qué chasco si elige la mano vacía!

¡Qué pronto y con cuánto placer la abrirá la que pregunta, estirando bien los dedos como para burlarse mejor del chasqueado!

— *Ahora me toca a mí adivinar*, dirá el que sigue.

Cuando le pregunten, todas las miradas se dirigirán hacia él.

Muy bien, queridos; jugad, jugad así, contentos y sin pelearos.

Así es como juegan los niños bien criados.

Después cantad un poquito.

Pero no juguéis siempre dentro de las habitaciones.

Es mucho mejor jugar en el patio, en el campo, al aire libre

18. — Esperando.

Las *faenas* del campo concluyen.

Allá, a la distancia, apenas *se divisa* el carro, tan cargado de *gavillas* que hasta las ruedas desaparecen entre ellas.

Sólo queda por recoger una hilera.

Los labradores concluyen su trabajo.

Los gansos dejan oír, contentos, sus graznidos. Han comido a discreción los granos abundantes que encontraron sueltos en el suelo.

Entretanto, los hijitos de los labradores esperan. Hace horas que están ahí, a la sombra de un paraguas, rodeados de yerbas y de flores.

El trabajo ha durado mucho y las criaturas se han aburrido de aguardar.

La más chica no pudo más y se quedó dormida.



La otra tiene cara de disgustada.

¡Cuánto tardan! parece estar pensando.

Tiene hambre, tal vez.

—Ten paciencia, hija mía ; ya vendrán tus padres, que tanto te quieren.

Trabajan para ti.

Dentro de un momento estarán a tu lado, y después de acariciarte amorosos, repartirán contigo y con tu hermanita las provisiones que llenan ese canasto que tú cuidas.

Ten paciencia un momento más y piensa :

— *Yo estoy cansada de esperar y, sin embargo, no he tenido nada que hacer, más que jugar con mi hermanita y cuidar el canasto.*

El paraguas me ha permitido reposar a la sombra.

Pero ellos, papá y mamá, al rayo del sol, han debido trabajar sin descanso y tendrán que empezar de nuevo más tarde.

¡No, no debo quejarme!

Cuando los vea venir, correré hacia ellos y los abrazaré agradecida.

¡Qué buenos son papá y mamá!

19. — Cogido en la trampa.

¡Pobre ratoncito! Ha caído en la trampa.

Ya no hincará los dientes en todas partes, sin respetar la madera de los muebles, ni los libros de la biblioteca, ni los papeles del escritorio.

Ya no comerá el pan ni el queso dejados por descuido al alcance de sus saltos.

Triste suerte le espera. Ese muchacho, que le tiene asegurado entre alambres, no piensa en que le hará sufrir; y dentro de poco abrirá la puerta de la trampa en la cual cayó, atraído por el quesito traidor.

El ratón entonces querrá huir; pero el gato, que le espera, saltará ágil sobre él y le atrapará.

Es cruel, muy cruel enemigo el gato; y eso no me gusta.

No le matará en seguida. Le herirá de la primera *dentellada*, como para que el animalito no pueda escapar muy ligero.



Pero antes de matarle, le soltará un momentito y se quedará contemplándole con *aparente* indiferencia.

Le empujará con sus patas, haciéndole rodar. Tomará posturas graciosas.

Dejará que se aleje un poquito, y cuando el ratón se crea *en salvo*, volverá de un salto a caer sobre él.

Por fin le matará y probablemente le dejará abandonado en un rincón, pues ese gato no debe tener hambre.

Parece el mimado de los dos chiquillos.

Es animal nocivo el ratón. Puede traernos enfermedades graves. Por eso debemos *exterminarlo*; pero sin hacerlo sufrir.

20. — La careta.



La mamá trabaja tranquilamente en la cocina. Antoñito, el hijo menor, come, contento, un plato de sopa.

De repente, se oyen fuertes pisadas.

Es alguien que camina *taconeando*.

Los pasos se aproximan.

¿Quién será?

De súbito, una figura espantosa se presenta en la puerta.

Antoñito da un grito de terror y se arrastra hacia la madre.

Ésta se vuelve, asustada también.

El aparecido, que no es otro que su hijo Victorio, se arranca entonces la careta y se ríe.

Pero la actitud amenazadora de la madre, le demuestra que puede costarle cara la broma.

Él no esperaba producir tanto efecto con ella.

Media vuelta, amigo; no sea que...

21. — Pescadorcitos.

Oscar y Celina son hijos de un *botero*.

Viven cerca de la *costa*.

Todos los días se entretienen pescando.

Toma Oscar la caña y va a sentarse a la orilla del río.

Celina le acompaña.

Oscar pone el *cebo* en el *anzuelo* que está en la punta del hilo, y lo arroja en seguida tan lejos como puede, teniéndolo por la caña.

Espera ansioso.

De pronto siente unos tironcitos, y el hilo se hunde.

¡Ya está! exclama alborozado, y al mismo tiempo tira rápidamente.

¡Qué alegría!... De la punta del hilo cuelga un pececillo que se agita desesperado queriendo desprenderse.



Es inútil. El anzuelo está bien prendido y el pobre pescado, fuera del agua, no tardará en morir.

Oscar repetirá la misma operación muchas veces y, si *pica*, llevará una buena cantidad de pescado a su casa.

Su papá, su mamá y sus hermanitos disfrutarán del producto de la pesca.

Es bueno comer pescado.

Es alimento sano y de fácil digestión.

22. — El canario

Estos cuatro chicos son hermanos.

Los dos mayores, Jorge y Susanita, ya han vuelto de la escuela.

Como su conducta es buena, su papá les regaló, hace tiempo, un canario amarillo, muy cantor.

Juegan con él.

Abren la jaula. El pájaro sale, pero no se escapa. Está acostumbrado al encierro y, como lo tratan bien, se queda.

Todos los días le ponen *alpiste*, hojas de *lechuga* y agua fresca.

Entretanto el canario pasa de mano en mano y todos le acarician suavemente.



Ahora le ofrecen un pedacito de *plantilla*. Es una masa muy suave y tierna, que tiene huevo.

— *Tome, querido, tome su comidita* — dice Susana.

— ¡*Cuidado con empacharse!* — agrega Jorge.

Cada uno dice su frase. El canario, como si comprendiera, contesta, de vez en cuando, con un grito.

Ese pajarito es el « *mimado* » de los cuatro chiquillos.

Volverán a ponerle en la jaula y el canario cantará contento.

Suele cantar de noche también, cuando encienden las lámparas.

Y al amanecer, en cuanto los primeros rayos del sol penetran por la ventana entreabierta, se oyen los *trinos* melodiosos del lindo pajarito.

23. — Consejos, máximas, etc.

El que menosprecia a los pobres, merece vivir en la miseria.

No son los más ricos ni los mejor vestidos los que se atraen la consideración y el aprecio de los demás, sino los bien educados, aunque sean modestos, que observan buena conducta, maneras convenientes y son aseados.

En los tranvías y trenes, un niño bien criado no silba, no grita, no habla fuerte, no escupe, ni incomoda de ninguna manera a los demás pasajeros.

24. — Las ovejas.

Me gusta mucho esta lámina.

¡Cuántas ovejitas hay en ella!

Yo cuento cerca de una docena.

Hay un perro también.

¿A dónde irán?... Lo sé. No van muy lejos.

Salen ahí cerca, a *pacer*.

Andarán de un lado a otro, por el campo, comiendo yerbas.

La *pastora* las cuidará para que no se alejen demasiado, y para que no entren a comer en el campo del vecino.

La casa del vecino está lejos y éste no las vería aunque entraran.

Eso no importa. La *pastora* sabe que sería una mala acción, un robo.

El perro ayuda a cuidar las ovejas.

En algunos países, donde hay *lobos*, el *perro del pastor*, que es grande y fuerte, pelea con el lobo e impide que éste mate a las ovejas.

¡Qué animal tan inteligente y servicial!

Por la tarde, las ovejas volverán al corral y en él pasarán la noche.

El perro también dormirá cerca de ellas, para cuidarlas.

Las ovejas son animales muy útiles.

Nos dan *carne*, que es muy *nutritiva*, y *lana*, con la cual hacemos vestidos, *abrigos* y otras muchas cosas. También nos dan *leche*.



Las ovejas.

El macho se llama *carnero*, y los hijos, mientras son chicos, *corderos*.

El corderito *mama* la leche de la madre. Es un animal *mamífero*, lo mismo que el perro, el caballo, la vaca, el gato y muchísimos más.

Después, cuando tenga dientes, se alimentará de *yerba*, maíz, legumbres y otros *vegetales*.

Por eso decimos que la oveja es un animal *herbívoro*, como el caballo y la vaca.

El perro, el gato y el lobo se llaman *carnívoros*, porque se alimentan principalmente de carne.

El hombre come de todo. Es *omnívoro*.

¡Cuánto me gustaría tener un corderito y oír su balido: *Béee... Béee...!*

Lo cuidaría mucho, y como postre, le daría un poquito de sal.

La sal es, para él, una verdadera *golosina*.

25. — La abuelita y su nieta.

¡Qué buena es abuelita!

Está tan vieja que habla con dificultad. Le falta gran parte de los dientes.

Tiene la vista cansada. Le cuesta mucho leer.

Sin embargo, en los días de lluvia, o muy fríos, lee en un viejo libro de cuentos. Lee para su nietecita, que no puede correr por el patio o por la *huerta*. La nieta se llama *Dina*.

Se sienta junto al fogón, en el cual quedan algunas brasas.

Dina escucha la lectura con interés y después repite el cuento.

Cuando ha concluído, se echa al cuello de la abuelita y la llena de caricias.



— *Te quiero mucho, abuelita, pero mucho...*

Y a la abuelita suelen caérsele lágrimas de alegría.

Ha tenido varios hijos y muchos nietos.

Algunos han muerto ya, causando la desesperación en la abuelita.

Después, resignada, ha sentido aumentar su cariño por los *sobrevivientes*.

Dina es la menor de las nietas que le quedan.
Es su *predilecta*. Daría por ella la vida.

Amemos mucho a nuestros padres y abuelitos. Sólo cuando nosotros también lo seamos, comprenderemos cuanto merecen nuestro respeto y cariño. ¡Cómo nos arrepentiremos, entonces, si alguna vez les hemos hecho sufrir con nuestra conducta!

26. — Obedientes, veraces y cariñosos.

El mayor es *Federico*; el que está sentado es *Máximo*; la niñita se llama *Lucía*. Tienen tres cualidades que me los hacen muy simpáticos. Por eso pongo aquí sus retratos.

Son *obedientes, veraces y cariñosos*.

Por más entretenidos que se hallen en los juegos u ocupaciones propias de su edad, cuando el papá o la mamá los llama o les ordena alguna cosa, ellos no contestan:

— *Espérate un momento, ya voy...* sino que dejan inmediatamente el juego o la ocupación y obedecen en seguida, con muy buen modo.

Si por descuido incurren en una falta o rompen alguna cosa, aun estando solos y sin que nadie los vea, ellos no dicen jamás:

— *Yo no sé quién ha sido*, sino que confiesan francamente y sin vacilar:

— *Yo he sido, papá. Me ha sucedido de este modo. Discúlpame. Procuraré que otra vez no me suceda.*

Y, naturalmente, ni el papá ni la mamá los castigan entonces, porque saben que la *veracidad* es la virtud que más necesitamos estimular.

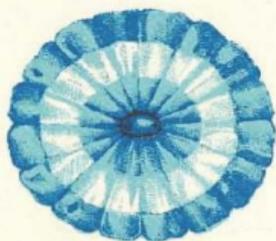


También es cierto que castigarían con la mayor severidad una desobediencia o una mentira. Y harían muy bien. Pero los tres hermanos no darán lugar a ello, porque desde chiquitós han sido bien acostumbrados.

Tienen otros dos hermanitos que serán iguales. Eso es seguro, porque sus padres saben educarlos y no olvidan un momento que ése es su principal deber. Gracias a ello, tendrán hijos que serán felices.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Biblioteca Nacional de Maestros



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

SEGUNDA PARTE

27. — Mi bandera.

Ésta es mi bandera.

Tiene los colores del cielo de mi patria y de la nieve de sus montañas.

Es azul y blanca.

Papá dice que yo no puedo comprender todavía lo que significa la bandera; pero yo sé que debe ser algo muy importante.

Lo sé porque él mismo me ha contado varios hechos de soldados y oficiales que han muerto en los campos de batalla por no dejarse arrebatar la bandera.

Y muchos más morirían, si fuese necesario, para defenderla.

Debe ser algo muy digno de respeto y cariño, porque he visto el 25 de Mayo y el 9 de Julio, que cuando desfilan los soldados y pasa la bandera, todos saludan y aplauden.

Yo quiero también saludarla y cumplir lo que prometí a papá el otro día.

¡Si! Cada vez que pase por delante de una bandera argentina, me quitaré el sombrero, respetuosamente, como cuando oigo tocar el Himno nacional.

Papá dice que la bandera es el símbolo de la patria.

¡Me gusta el símbolo de la patria argentina!

28. — En la escuela.

Tocan la campana.

Los niños se forman inmediatamente.

¡Qué bien alineados están todos!

Cada maestro recorre las filas de su clase pasando revista de aseo.

Todos vienen limpios y arreglados.

¡Qué vergüenza para el que se descuida!

Tiene que salir de la fila para ir a lavarse, o volver a su casa para poner en orden su ropa, pegar el botón que falta, arreglar las desgarraduras del vestido.

A muchos niños jamás les sucede eso, porque son muy ordenados y porque su mamá también les pasa revista antes de despedirlos.

Suena el timbre. Todos los grados dan *flanco*

a la derecha y marchan a sus respectivas salas de clase.

Cuando están adentro, el maestro *pasa lista*.

— ¡*Presente!* — contestan los niños a medida que aquél los nombra.

Nadie responde con gritos destemplados. El maestro no lo consentiría, y ellos son niños respetuosos.

Apenas han transcurrido *tres minutos*, desde que se tocó la campana, y ya empieza la lección.

¡Claro! En esta escuela hay *disciplina* y no se pierde tiempo.

En algunas escuelas los niños, reunidos en el patio, cantan antes de la primera hora de clase, y por la tarde, antes de salir.

Me gusta mucho esa costumbre.

29. — La lección de lectura.

— ¡*Lectura!* — dice la maestra; e inmediatamente todos los niños toman su libro y lo abren. Ya saben en qué página van a leer porque la maestra se los previno el día anterior.

Así todos han podido *preparar* la lectura.

Muchos alumnos levantan la mano, sin sacudirla ni golpear los dedos. Quieren ser los primeros en leer.

— *Lee tú, Luis* — dice la maestra.

Todos bajan entonces la mano, y Luis, contento, se pone de pie, bien derecho, teniendo el libro en la mano izquierda.



Empieza a leer con voz clara y sin apresurarse.

Lee con mucha *naturalidad*.

En ciertos momentos, especialmente cuando en el capítulo figuran personas que conversan, Luis lee de tal manera, que si se le oyera sin verlo, no se creería que lee, sino que cuenta él mismo todo lo que dice.

Es el mejor lector de la clase.

— *Continúa tú, Herminia*.

Herminia tampoco lee mal, pero canta un poquito y se apresura mucho.

— *No corras, Herminia, que hay muchos puntos y comas en el camino. Puedes tropezar y hacerte daño* — dice la maestra, riéndose. Los niños se ríen también.

— *Es cierto, señorita. Siempre me olvido. ¿Quiere usted que empiece otra vez?*

Herminia lee nuevamente los mismos párrafos y lo hace mucho mejor.

— *Muy bien... muy bien, Herminia... A ver tú, Eulalia.*

Eulalia lee siempre como si tuviese miedo. Apenas se la oye. La maestra la manda entonces al fondo de la clase y ella se coloca en el otro extremo. Así la obliga a levantar la voz.

De tiempo en tiempo le dice :

— *No oigo, Eulalia... Un poco más alta la voz... Así... eso es... Está bien...*

Y Eulalia se anima poco a poco.

Cuando ella u otra se equivoca, las demás levantan la mano para corregir.

Con frecuencia van a leer al patio, al aire libre. Lo mismo hacen en la clase de varones.

Cuando algunos leen mal, la maestra misma lee para que la imiten.

Todos los días lee la maestra.

Eso me parece muy bien.

De vez en cuando se suspende la lectura para explicar alguna palabra que los niños no entienden, o para hacer algún *comentario* sobre lo que se lee.

Sin embargo, la maestra prefiere explicar, antes de leer, las palabras desconocidas, para no tener que interrumpir la lectura. Dice que ésta resulta así más interesante.

Tiene mucha zazón.

Suele también dejar los *comentarios* para el final.

— *No se olviden de leer en casa siquiera diez minutos, en voz alta, todos los días* — dice casi siempre la maestra al concluir la lección.

Ahora me explico los progresos de esa clase y el interés que despierta la lección de lectura.

El libro elegido ayuda mucho también.

¡Cuánto me gusta oír una lectura bien hecha!

— *¡Yo quiero ser un buen lector y lo seré!*

30. — Mentir es cobardía.



Leopoldo, a quien llaman *Polito*, no ha cumplido aún cuatro años. Es un buen niño, pero el otro día cometió una falta muy grave. Estaba jugando solo, con una copa. En un descuido, ésta se le cayó y se hizo pedazos.

Llegó poco después el pa-

dre, vió la copa rota, llamó a su hijo y le preguntó :

— *¿Cómo se ha roto esta copa?*

— *¡Yo no sé, papá!*

— *¿Cómo!... ¿No fuiste tú quien la rompió?*

— *¡No, papá!* — replicó Polito, confundido y mirando al suelo.

El padre, entonces, se puso muy serio, como pocas veces lo había visto su hijo, y exclamó :

— *Veo que eres un niño que no sirve ni servirá nunca para nada. Por temor de un castigo, has faltado a la verdad. Eres un cobarde. No eres mi hijo.*

Polito, a pesar de su poca edad, si no comprendió, sintió, al ver la cara de su padre, y al oírle, que debía ser muy

despreciable cosa mentir; y entonces, colorado de vergüenza, pero con voz resuelta, dijo :

— *Sí, papá, yo la he roto.*



El padre desarrugó el entrecejo y contestó contento :

— *Bueno. Ahora has hablado como un hombre. Ahora sí creo que eres hijo mío, y estoy seguro de que nunca más mentirás. ¿Me lo prometes?*

— *Sí, papá.*

El padre lo abrazó satisfecho.

31. — Las plantas.

Yo sé los nombres de las partes principales de un *vegetal*. Son tres : la *raíz*, el *tallo* y las *hojas*.

La *raíz* está casi siempre dentro de la tierra. Sostiene la planta, y la alimenta chupando los *jugos* que necesita para vivir.

El *tallo* se eleva en el aire.

En las plantas grandes o *árboles*, que dan madera, el tallo se llama *tronco*. Del tallo salen las *ramas* y de éstas las *hojas* y las *flores*. Las flores dan después *frutos* y los frutos contienen la semilla, capaz de producir nuevas plantas.

Los vegetales son utilísimos. Nos dan madera, hojas, flores, frutos, etc., que empleamos de *múltiples* maneras, para la habi-



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Una conspiración.

tación, el alimento, el vestido, los medicamentos, etc.

Los árboles dan, además, amparadora sombra, y los *bosques* prestan servicios importantes de otro género.

He oído decir a mi papá y también al maestro, que todo buen ciudadano debe contribuir al bien general plantando árboles. Y yo creo, entonces, que si cada niño se comprometiese

a plantar siquiera uno por año, se haría, sin gran trabajo, un servicio al país.

Yo plantaré, por lo menos, un árbol todos los años.



32. — Una conspiración.

En esa lámina hay cuatro niños.

¿Cómo cuatro?... Yo no veo más que tres: dos varones y una niña.

¡Ah!, sí... es cierto... ahora veo el cuarto... Está allí, al fondo, a la izquierda.

¿Qué hace? ¿Por qué no está con los demás?
Ya sé lo que sucede.

Los cuatro han andado jugando entre los árboles, buscando frutas tal vez, o entreteniéndose con el canto de los pájaros y viéndolos volar de rama en rama.

Por fin, uno de ellos, que ha saltado y corrido más que los otros, sentóse a descansar junto a un árbol y se quedó dormido.

Los tres restantes están tramando ahora alguna travesura, seguramente. No hay más que mirarles la cara para adivinarlo.

Creo que no ha de ser una broma pesada, porque los tres chicos tienen cara de buenos.

Observad bien las figuras... ¿Qué veis?

El arrodillado, cerrando los dedos *índice*, *mayor*, *anular* y *meñique*, señala con el *pulgar* al niño dormido y dice probablemente:

— ¿Vamos a despertarle dándole un sustito?

Los dos compañeros acogen con *júbilo* la idea. El que tiene el sombrero puesto propone que la broma sea con agua.

Mirad a espaldas de la chicuela.

¿No veis aparecer la mano de su vecino, señalando con el *índice* el chorro de agua que cae ahí, cerquita, a la derecha?

Juntarán bien las manos como quien forma una taza con ellas; llenarán de agua esa taza rara y acercándose al compañero... ¡zás!... a un tiempo volcarán sobre él, rápidamente, el fresco líquido.

¡Qué salto va a dar dentro de un momento el dormilón!

Y ¡qué carcajada van a soltar los tres pica-ruelos!

Me parece oírles y verles correr huyendo, antes que el otro, en un primer *ímpetu* de impaciencia, los atropelle.

Pero no se disgustarán, porque son buenos amigos.

Además, la broma es inocente. El ligero baño no será muy desagradable, puesto que no hace frío.

Estamos en primavera. Se conoce por los trajes poco abrigados de los chicos y porque las plantas están cubiertas de hojas y de flores.

33. — El día de los niños bien educados

I. — POR LA MAÑANA

Es de día.

La luz entra por la ventana.

Atilio se despierta, abre los ojos, ve la luz y piensa:

Ya es la hora de levantarse.

Y como es un niño bien acostumbrado, sale inmediatamente de la cama.

Se calza, se pone una parte del vestido y va a lavarse.

Para lavarse, usa siempre agua fresca.

Se lava por lo menos en dos aguas.

En la primera usa el jabón.

En la segunda se enjuaga.

Atilio no tiene miedo al agua y se lava bien.

Pasa las manos por todas las partes de la cara, es decir, por *la frente, las sienes, las cejas, los ojos, las mejillas, la nariz, los labios y la barba.*



Se lava las *orejas* y la *nuca*.

Con frecuencia se jabona también la cabeza.

Tiene siempre limpio el cabello.

Se lava los *dientes*, tanto los del frente o *incisivos*, como los *caninos* y los *molares*. También se lava las *encías*. Usa cepillo y un polvo o pasta adecuados.

Se enjuaga en seguida la boca, se seca y después se peina.

No se deja el cabello sobre la frente. Eso me gusta.

Debe andarse siempre con la frente descubierta y levantada.

Atilio concúyese de vestirse, y si hasta entonces no ha visto a su mamá o a su papá, va en busca de ellos para darles los buenos días.

Nunca deja de cumplir este deber.
Sus hermanitos han hecho lo mismo que él.
Todos están listos y van contentos a tomar
el desayuno.

Un cuarto de hora antes de las ocho, dicen:
Hasta luego

Y se van juntos a la escuela, a la que llegan
en diez minutos.

II. — EN LA CALLE



Atilio y Sara toman el camino más directo
para ir a la escuela. No se paran para ver los
juegos de los vagabundos que no estudian, ni
se detienen en ninguna parte.

Si por cualquier motivo se produce un tumulto, ellos dos no aumentan los grupos. Siguen su camino.

No corren; miran por donde van, para no atropellar a las personas.

Antes de cruzar las calles, dejan pasar los carros o coches que llegan. *Son prudentes.*

Ceden siempre el lado de la pared a las personas mayores.

Me gusta verlos cuando se encuentran con un anciano, un niño solo, un desgraciado, un ciego, por ejemplo. ¡Cómo se apresuran a darles la mano para cruzar la calle!

A veces se oye, de pronto, a uno de ellos, decir al otro, tocándole rápidamente el brazo:

¡Ahí viene « la señorita »!



Atilio se quita la gorra...

Es la maestra, en efecto. ¡Con cuánto cariño se saludan!

Atilio no deja nunca de quitarse la gorra respetuosamente. Lo mismo hace cuando se encuentra con otras personas mayores, conocidas.

No se juntan nunca con otros niños, si no les son conocidos. Y si los conocen y no son niños de buenas costumbres, tampoco los buscan. Saludan y siguen.

Nunca llegan tarde a la escuela, ni tampoco antes de la hora señalada, es decir, cinco minutos antes del toque de formación.

Son niños *puntuales*.

III. — EN LA ESCUELA

En clase. — Cuidado de los útiles.

Atilio y Sara ocupan su banco, sin hacer ruido al levantar o bajar el asiento.

Están siempre bien sentados. No apoyan el pecho en el borde de la mesa cuando escriben, ni inclinan mucho el cuerpo.

Ya saben que, tarde o temprano, las posturas viciosas perjudican la salud.

La maestra cuida mucho de que todos estén bien sentados o cómodos.

Conservan bien su banco, en el que no se ve el menor desperfecto. El otro día por la maña-

na, a Sarita se le cayó, en un descuido, una gota de tinta sobre la mesa.

¡Qué colorada se puso! Por de pronto la limpió rápidamente con su papel se-



cante. Por la tarde trajo limón, y antes de empezar la clase, pidió permiso y entró para hacer desaparecer del todo la mancha.

Ni ella, ni Atilio arrojan papeles al suelo.

¡Qué limpios conservan su libro de lectura y sus cuadernos!

Una página del cuaderno de Atilio:

Copia.

Lo que se quiere se puede.

No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy.

Preguntate todas las noches:

¿qué cosa buena hice hoy?

Problema.

8 empanadas han costado 56 centavos;
¿cuánto costarán 3 empanadas?

Solución:

Si 8 empanadas valen 56 c^{vos}

1 " valdrá $56:8 = 7$ "

y 3 " valdrán $3 \times 7 = 21$ "

Respuesta = 21 Centavos.

Composición.

presenciar La maestra nos pidió el otro día
presenciar que tratásemos de ^{presenciar} ~~presenciar~~ la sa-
presenciar lida del Sol. Nos recomendó que
presenciar procurásemos hacerlo desde un

¡Ni una rotura, ni una manchita se ve en ellos!

Y ¡qué bien disponen sus deberes en las páginas de los cuadernos!

Dejan un margen no muy grande. No saltean el *dorso* de la hoja. Utilizan todas las páginas. Tampoco dejan mucho espacio entre un trabajo y otro. Cuando terminan una copia, un dictado o un problema, trazan una rayita en el medio del renglón siguiente, y nada más. Saltean un renglón, y en el que sigue ponen con letra mayúscula el título del nuevo deber.

Así no desperdician papel y, sin embargo, los deberes no se confunden.

Quiero que veáis siquiera una página del cuaderno de deberes. En él escriben todos los trabajos, todos, todos. Así lo quiere la maestra. Sólo tienen separado el cuaderno de dibujo.

Todo eso me parece muy bien.

Conducta. — Lenguaje.

Atilio y Sara son *amables* con sus discípulos.

Jamás tienen una palabra grosera en los labios.

Nunca hablan mal de nadie.

Si otro viene a contarles algo en contra de un compañero, ellos suelen decir:

— Debes estar equivocado... Yo no lo creo...
Y cambian de conversación.

Sus padres les han enseñado a proceder así. Dicen que los *chismes* son propios de gente mal educada.

Sarita y su hermano son muy respetuosos con los maestros.

Obedecen siempre sin discutir.

¡Con qué placer se levantan para contestar cuando les preguntan!

Lo hacen sin apresurarse, con voz natural y pronunciando claramente.

Si alguna vez no saben una cosa, no responden adivinando o diciendo mal, como otros hacen. No, ellos dicen en segunda :

— Discúlpeme, señorita... Eso yo no lo sé.

Sara suele ser *monitora* de la clase. La maestra le encarga que recoja los cuadernos o que los reparta, que apunte los deberes en el pizarrón, etc. Ella lo hace con tanta amabilidad, que las demás la atienden como si fuera una maestríta.

En el recreo.

En los patios juegan, corren, saltan, se ríen como todos, pero sin excesos. No se atropellan, no se arrojan al suelo, no se estropean la ropa.

A Sarita le gusta mucho saltar a la cuerda y dar vueltas a ésta para que salten sus compañeras, mientras que algunas prefieren el ¡Pescador, pescador!... ¿me dejarás pasar? y otros muchos juegos.

Los varones, que tienen sus patios separados en el fondo y en el piso alto, juegan al *rescate*, al *mosquito bombo*, a la *mancha*, a la *rayuela*, etc.

Nunca se ve a Sarita o Atilio jugar de manos, ni tener discusiones desagradables. Jamás hacen trampa.



Sus padres y sus maestros les han enseñado que en el juego, como en todos los momentos de la vida, sin excepción, deben ser leales y veraces; y ellos lo son.

A veces discuten con entusiasmo defendiendo lo que creen su derecho; pero, si al oír las razones de sus compañeros se convencen de que estaban equivocados, se apresuran a decir:

— ¡Es cierto! ¡estaba equivocado! ¡discúlpame!
A veces las niñas juegan a las escuelas, marchan,
hacen gimnasia y suelen decir a Sara las demás:



— *Tú que eres nuestra monitora, mándanos.*
Ella, contenta, se pone al frente y manda.
Sara dice que quiere ser maestra y que cuando
sea grande ingresará en la Escuela Normal.
Me parece buena idea.
Atilio dice que quiere ser un gran *agricultor*.
¡Magnífico pensamiento!

IV. — EN CASA

Tanto a Sarita como a su excelente hermano,
les gusta mucho la escuela y van contentos a
ella; ¡pero con cuánta alegría regresan a su casa
por la tarde!

Apenas llegan, no pueden contenerse y entran corriendo en busca de la mamá, que los recibe en sus brazos. Haydée y Raquel también los esperan impacientes.



— ¡Ahora a guardar los libros y a jugar! exclama la madre.

Y los cuatro hermanos no se hacen repetir la orden.

Un minuto después brincan como cabritos, corriendo de un lado a otro, jugando de mil maneras.

A veces vienen dos primitas que viven cerca y entonces suelen sacar todos sus juguetes.

Tienen muñecas, camitas, casitas de madera y hasta un teatrillo.

Cuando llega el papá, que ha estado trabajando afuera durante el día, todos corren a abrazarlo.

Poco después van a la mesa.

V. — EN LA MESA

Si todavía no supiéramos cómo son Sarita y Atilio, nos bastaría verlos a la hora de la comida para conocerlos.

Cuando llaman a la mesa se presentan inmediatamente.

Entran en el comedor y se colocan junto a su silla.

Esperan que su papá, su mamá y las otras personas mayores, si las hay, se sienten. Después lo hacen ellos.

Si miráis sus manos, notaréis que están bien limpias. Saben que es necesario lavarse antes de venir a la mesa.

Sus uñas nunca están *de luto*.

¡Qué bien se sientan! No ponen el codo sobre la mesa.

No se mueven, ni gesticulan mucho.

Cuando les sirven la sopa, no se apresuran a tomarla; esperan que los demás empiecen.

No llenan demasiado la cuchara, ni hacen ruido con la boca al sorber el caldo. No soplan para enfriarlo.

Cuando traen carne u otro alimento sólido, cortan trozos convenientes, nunca muy grandes.

Jamás llevan el cuchillo a la boca.

Para cortar, no separan nunca los brazos del cuerpo. Así no incomodan a su vecino.

No hablan nunca con la boca llena.

Antes de llevar el vaso a la boca, se pasan delicadamente la servilleta por los labios.

Si, por casualidad, encuentran en el plato alguna cosa desagradable — una mosca, por ejemplo — no dicen nada. Procuran que los demás no lo noten.

Jamás limpian el tenedor o el cuchillo con la servilleta.

Comen con moderación.

Nunca se les oye decir:

— *No quiero esto. Denme de aquello.*

Si algún plato o el postre les gusta mucho, sólo piden más cuando no hay personas extrañas. Y lo piden con mucha cortesía.

— *Mamá, ¿puedes servirme más dulce?*

Y cuando han sido satisfechos sus deseos, nunca dejan de decir:

— *Gracias, mamá.*

Al terminar doblan la servilleta y la colocan en su aro.

No se levantan de la mesa, hasta que su mamá o su papá dan la señal.

¡Cómo gustan los niños así educados!

Cuando Atilio sea hombre y lo inviten a un

banquete en casas extrañas, podrá asistir a él tranquilo.

No hará nunca un papel ridículo.

VI. — DE NOCHE

Después de comer, todos rodean a papá y a mamá.

Refieren cuentos, miran libros o revistas *ilustradas*, juegan al *dominó* y cantan.

— *Papá, cantemos un poquito* — dice Sara.

Todos se acercan al padre. Haydée, que tiene tres años, se sienta en sus rodillas y empieza el canto.

El padre o la madre les enseñan canciones nuevas.



A veces son Sara y Atilio quienes repiten las que les han enseñado en la escuela, para que puedan aprenderlas sus padres y hermanitos.

Suele venir la abuelita. ¡Con cuánto gusto la rodean entonces sus nietecitos, para oír los cuentos y ver

las figuras de los libros que a menudo les trae!

— *¡Vamos a ver ahora cómo han aprovechado hoy el tiempo en la escuela!* — suele decir después la mamá.

Los dos hermanos cuentan entonces lo que han hecho durante el día, traen los cuadernos y muestran los trabajos.

— *¿Y qué es lo que más os ha gustado de todo lo que habéis hecho hoy?* — interroga la madre.

— *A mí, la lección de geografía, porque la maestra nos mostró fotografías muy bonitas, con islas, montañas, ríos, mares y otras cosas* — responde Sara.

— *A mí* — dice Atilio — *la historia que nos leyó el maestro, titulada « La honradez de un niño ».* *Está en un librito francés.*

El padre se hace repetir la historia, y con ese motivo, continúan conversando alegremente un buen rato.

Después juegan, hasta que se oye la voz de la madre, que dice:

— *¡Chicos, son las 8 y media!*

— *¡A dormir!...* gritan todos a un tiempo, y corren a dar un abrazo a sus padres.

— *¡Buenas noches, papá!*

— *¡Buenas, noches, mamá!*

— *¡Dormid bien, queridos!*

Mientras se desvisten, se oye a Sara gritar, desde su cuarto, a su hermano:

— *No te olvides, Atilio, de que no hay que dormir*

encogidos, sino estiraditos, para crecer mejor. Y con los brazos fuera, como dice papá, porque eso es muy saludable!



— *Ya lo sé.*

Sigue un momento de silencio y en seguida se oye todavía un gritito. Es la voz infantil de la pequeña Haydée, que dice desde la cama :

— *¡Te mando un beso, mamita!*

Poco después nadie se mueve en los dormitorios de los chicos. Duermen profundamente.

¡Dormid, dormid, hijitos queridos! ¡Dormid tranquilos, que vuestros padres os adoran y vuestros maestros también, porque sois buenos!

34. — Consejos, máximas, etc.

Si encontráis por la calle a un desgraciado con algún defecto físico desagradable, no lo miréis, para no aumentar su amargura.

Ceded siempre la derecha a las personas mayores y a las damas.

35. — En el buen y en el mal camino.



Descripción oral o escrita. — Composición.

36. — Honradez de un niño.

El coche corría rápidamente y Fernando venía detrás, cansado de tan ruda carrera.

No cesaba de gritar:

— ¡Señor! ¡Señor! ¡Pare!... ¡Pare!...



— ¡Señor! ¡Señor! ¡Pare!... ¡Pare!...

Por fin lo alcanzó, cuando ya se le aflojaban las piernas y la fatiga le impedía seguir gritando.

El caballero que guiaba el carruaje se detuvo.

— *¿Qué hay? ¿Qué sucede?* — preguntó.

— *¡Ah, señor! ¡Cuánto hubiera sentido no al-*

canzarle!... Ya no podía más y usted no me oía... Usted ha olvidado estos cincuenta centavos sobre el mostrador. Son suyos.

— ¿Y por eso corrías tanto?... No valía la pena...

— Pero, señor... — replicó con aire de extrañeza Fernando, — este dinero no es mío; es suyo.

— Y bien: ahora es para ti. Guárdalo en premio de tu honradez.

— ¡Oh! ¡no, señor! Muchas gracias. Papá dice que eso no se paga. No puedo aceptarlo.

El caballero comprendió y, recibiendo los cincuenta centavos, dijo, casi conmovido:

— Tienes razón, hijo mío, pero dame tu mano, a lo menos... Así... Déjame que la estreche entre las mías. Toma ahora esta tarjeta con mi dirección. Llévasela a tu padre y dile que si alguna vez él o tú necesitáis algo, me tenéis a vuestra disposición. Dile que deseo ser su amigo, como lo soy tuyo, ¿quieres?

— ¡Oh, sí, señor! ¡Es mucho honor para mí!
¡Gracias!

El coche partió, y Fernando volvióse satisfecho a ocupar su puesto detrás del mostrador, en la tienda de su padre, a quien contó lo que acababa de suceder.

El padre le dijo sencillamente:

— Has cumplido tu deber, hijo mío.

37. — La lección de Geografía.



Una *isla* en el río Paraná.

Isla es una porción de tierra enteramente rodeada de agua.



Océano Atlántico.

Mar es una inmensa extensión de agua salada.



Cerro de San Bernardo, en Salta.

Montaña es una gran elevación de tierra.



Río Primero en Córdoba.

Río es una gran corriente de agua dulce.



Cabo Corrientes, Provincia de Buenos Aires.

Cabo es una punta de tierra que se interna en el mar.



Valle de la Buena Vista, en Salta

Valle es una región llana entre montañas.

38. — El agua.

(LOS TRES ESTADOS DE LOS CUERPOS)

El agua es el más abundante de los líquidos. Es también el más útil de todos ellos. Más que útil, es *indispensable* para vivir.

He dicho que es un *líquido*, pero no siempre se halla en ese estado.

Una temperatura muy fría la pone *sólida*, de modo que ya no cae ni en gotas, ni en chorros.

Entonces se llama *hielo o nieve*.

En las mañanas crudas de invierno, ¿no han encontrado ustedes *escarcha* en las bateas o palanganas que dejaron afuera durante la noche?

Pongan al sol, dentro de un plato, un trozo de esa escarcha o de hielo: ¿qué sucede? Primero se vuelve agua, es decir, que *pasa del estado sólido al líquido*.

Después verán ustedes que, poco a poco, el agua desaparece, se va hacia arriba, porque el agua se vuelve *vapor*.

Si quieren verlo mejor, hagan hervir un poco de agua pura. Verán entonces cómo sale por la boca de la vasija el vapor de agua, blanco y bien visible.

Todos los cuerpos que se encuentran en la naturaleza tienen uno de los tres estados: *sólido*, *líquido* o *gaseoso* o de vapor.

El hierro, el cobre, el plomo, la plata, el oro, etcétera, fríos, son sólidos, pero si se calientan mucho, *se funden* y se vuelven líquidos.

Pero otros cuerpos sólidos, como la madera, aunque se calienten no se vuelven líquidos.

La madera, si se quema, produce humo y ceniza.

39. — Delia.



¿A quién mira esa nena? No es difícil sospecharlo.

Delante de ella debe estar el papá, la mamá o alguna otra persona bastante alta.

¿Por qué alta? ¿En qué se conoce?

En que la nena mira hacia arriba.

¿Y por qué estira los bracitos?

Probablemente quiere que la saquen de la sillita.

Sus ojos expresan un deseo.

Puede ser también que quiera alguna cosa que le estén enseñando desde lejos.

Sí, así es. La segunda figura lo indica.

Ya le dieron lo que pedía y ella entonces bajó los bracitos.

¿No veis que lleva la mano derecha a la boca? En esa mano tiene lo que deseaba; un trozo de pan o tal vez un caramelo. Quizá sea una de esas argollitas de *marfil* que se da a los niños para que las aprieten con las *encías* cuando están *echando los dientes*.

¡Ah, no!... Creo que me equivoco. Esa nena representa un año de edad o algo más. Ya debe tener los dientes.

¿Qué cara de satisfecha tiene!

Y sigue mirando a su papá, quien parece que se ha corrido un poco hacia la derecha.

Está enfrente de ella.

Se conoce en que la nena dirige ahora los ojos en ese sentido.

Se me ocurre que le dice con su mirada:

— ¡Me diste lo que te pedía, eh, papacito!

40. — La desobediencia castigada.

(Historia muda.)



1



2



3



4

Descripción y composición oral o escrita.

41. — El niño remolón.

En casa de Carlitos todo el mundo se levanta temprano.

Son cinco hermanos.

Por la mañana, en cuanto la mamá dice:

— ¡Arriba, chicos!... da gusto ver con qué prontitud se visten todos, menos Carlitos.

Ese es medio *remolón*.

Dice que no encuentra su ropa, tarda en ponerse los calcetines, en atarse los zapatos, en lavarse, en todo.

Pero le gusta mucho dar su paseíto por la mañana junto con los demás, y en compañía de la mamá y a veces del papá también.

Y, sin embargo, se hace esperar con frecuencia por que no ha concluído de vestirse cuando ya los demás están saltando, contentos, en el patio.

El padre ha resuelto corregirlo y el otro día le aplicó el remedio.

Carlitos, como de costumbre, había tardado en levantarse.

Cuando ya sus hermanos estaban en el patio, él salió de la cama y, en vez de vestirse



rápidamente, se entretuvo con un juguetito de madera.

La madre, que el día anterior había tenido que reprenderlo por la misma causa, hizo esta vez como que no le veía.

De pronto, el remolón oyó gritar a sus cuatro hermanos.

— ¡Hasta luego, Carlitos!... vamos de paseo con mamá.

Carlitos quiso pedir que lo esperaran, pero ya habían salido.

Echóse a llorar amargamente, golpeando los pies en el suelo, cuando se presentó su padre y le dijo severamente:

— *Usted paseará en su cuarto con su carrito. Vístase usted pronto y cállese.*

¡Usted! le había dicho el padre, que siempre lo tuteaba.

¡Qué cara de disgusto puso entonces Carlitos! ¡Con qué ganas se echó otra vez a llorar!

Pero el padre, siempre muy serio y tranquilo, llevó el dedo índice a los labios, como diciendo: ¡Silencio!... y se retiró.

Estoy seguro de que se corregirá Carlitos.

Si olvida la lección y *reincide*, sus padres lo castigarán nuevamente hasta que la curación sea completa.

¡Bien hecho! Eso prueba que saben querer a sus hijos.

Así no serán perezosos y mal criados.

42. — El carpintero rústico.

Don Andrés no es carpintero de profesión, pero sabe hacer trabajos sencillos y composturas.

Como nunca tuvo fortuna, aprendió a manejar



muchas herramientas, y así sabe trabajar en cosas de *diferentes oficios*.

Además de *carpintería* sabe un poco de los oficios de *albañil*, *pintor*, *sastre* y *panadero*. Hace el pan para él y su familia en un horno de barro y ladrillo, que él mismo ha construido. Cultiva un pedazo de tierra en el fondo de la casa, y sirve de *peluquero* a sus nietos.

Muchos de los objetos que usa en su hogar

han sido hechos por él con madera, alambre, cartón, etc.

Por eso, aunque es pobre, nunca han *pasado miserias*, ni él, ni sus hijos. A éstos les ha enseñado también a trabajar.

Hace un momento estaba ocupado en una obra de carpintería. Tiene la *sierra* en la mano izquierda.

De pronto oye una voz infantil que dice :

— ¡Abuelito!... ¡Abuelito!...

— *Hola, picarueta, ¿qué quieres?* — contesta el buen viejo, mirándola por encima de los anteojos.

— *Se me ha roto la cunita que usted me hizo para la muñeca. Compóngamela, abuelito.*

— *¿Cómo es eso?... ¿Otra vez?... ¿No la compuse ayer por la mañana?*

— *No, abuelito; fué anteayer. Y ahora, jugando con Matilde, se me ha vuelto a romper. ¡Fué sin querer, abuelito!*

— *¡Hum!... Bueno... dámela. Pero si la vuelves a romper...*

La chiquilla no le dejó acabar la frase. Le saltó al cuello y besándole le dijo :

— *Te quiero mucho, abuelito. ¡Te quiero desde aquí hasta la luna!*

En seguida dejó la cuna y, mientras el buen abuelo la componía, ella se puso a jugar con el gatito que se ve ahí, *acurrucado* junto a las tablas.

43. — El afilador y un batalloncito.



Descripción oral o escrita. — Composición.

(Hágase hablar a los personajes.)

44. — Vendedora de géneros.

Haydée se viste de « mamarracho », como ella dice.

Se pone una pollera vieja y desgarrada, un *chamberg* de varón, al cual agrega una *hebilla*, y se presenta anunciando su *mercadería*.



— ¡Géneros! ¿Quién compra géneros para vestidos?

— ¡Chist!... ¡Chist!... hacen sus hermanitos, chistándola.

— ¡Buenos días, marchante!

— ¡Buenos días!... ¿Qué géneros trae usted?

— Hoy no traigo más que muestras de géneros de *lana*.

— ¡Cuánto lo siento!... Nosotras necesitamos de *algodón* y de *hilo*.

— ¿De hilo, ahora que se viene el invierno?

— Y eso ¿qué importa, si nosotras los queremos para hacer *sábanas* y *fundas*? — dice Adelita.

— Y yo para enaguas y camisas — agrega María Angélica.

— ¡Ah! Entonces mañana les traeré... ¡Pero cómprenme ahora un corte de vestido, siquiera! Tengo cosa buena y barata.

— ¡A ver!... ¿A cuánto vende éste? — pregunta Adelita señalando una muestra.

— Ése vale diez pesos el metro.

— ¡Qué barbaridad! ¡qué caro!... ¿Usted cree que nosotras somos millonarias?

— Yo no creo eso, doña Adela. Pero fíjese en que usted elige uno de los más finos y de lana pura. ¿Quiere este otro? Es de lana pura también y de buena clase. Éste no vale más que cuatro pesos el metro.

— Es caro también. ¿No te parece, Angélica?

— ¡Ya lo creo! El otro día Leonilda compró uno igual en lo de don Natalio y no le costó más que tres pesos.

— No puede ser, niña; sería de algodón o *mezcla*.

— No; era igual a ése.

— Bueno, mire, por ser para ustedes, que pagan *al contado*, se los voy a dejar en tres pesos y medio el metro. ¿Cuántos necesitan?

— Espérese; voy a calcular — dice Adelita. — Sí... un metro y medio para la *bata*, dos metros y medio para la *pollera*. Total: cuatro metros. ¡Justito!... ¿Cuánto importa todo?

— Déjeme sacar la cuenta — dice Haydée.

— ¡Ah!... ¡nos olvidábamos del adorno! —

interrumpe Angélica. — Tráiganos mañana unas muestras de *terciopelo* barato.

— ¡Y a mí tráigame una muñequita de yapa!
— grita Noemí, que acaba de llegar.

45. — Lo que saben Luis y José sobre animales.

I. — VERTEBRADOS E INVERTEBRADOS

— Yo veo aquí — decía José a su primo Luis — muchos animales que conozco y los esqueletos de algunos de ellos...

En cambio, hay otros cuyo esqueleto no he visto nunca ni pintado.

¡Es claro! unos tienen huesos y otros no.

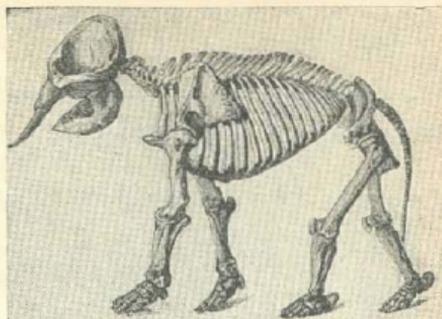
Veo que todos los huesos están unidos más o menos directamente con una hilera especial de otros huesos, que son como anillos.

Esos anillos se llaman *vértabras*, y todas las *vértabras* juntas forman la *columna vertebral*.

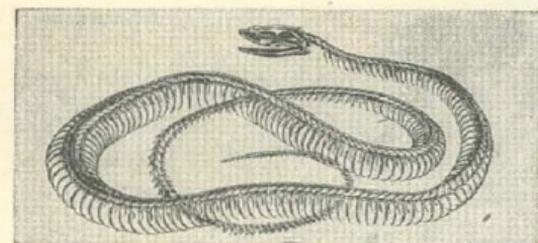
Todos los animales del primer grupo se llaman *vertebrados*, y los del segundo, porque carecen de huesos, se llaman *invertebrados*.



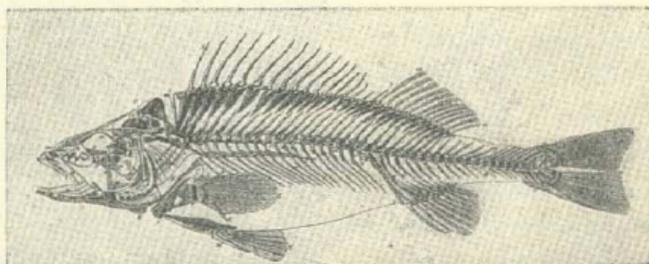
Me conviene conocer el significado de estas palabras, porque ellas se usan a cada instante en la conversación y se leen en los libros y diarios. También he aprendido lo que significan otras palabras que se refieren a los



animales, pero no muchas, porque papá dice que no debo ocupar ahora mi tiempo en eso. Mi maestro dice lo mismo.



Sé cuáles son los animales *mamíferos*, las *aves*, los *reptiles* y los *peces*.



II. — MAMÍFEROS

— ¡Che! ¡che! — interrumpió Luis, que hacía un momento se sonreía: — ¡Qué discursito me estás echando!...



¿Crees tú que yo no sé nada de eso?... Ya verás:

Mamíferos son las ovejas, el caballo, el gato, el perro, el león, el elefante, el ratón, etcétera.

¿Sabes lo que quiere decir *etcétera*?

— Sí. Quiere decir los otros, los demás o algo así.

— Bueno. Ya sabes que se llaman *mamíferos* porque, cuando son chicos, *maman* la leche de la madre.

Todos los cuadrúpedos son mamíferos.

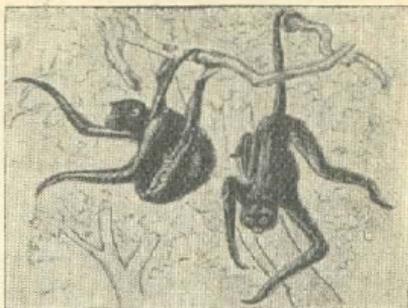
Nosotros también lo somos, y, como no andamos más que sobre dos pies, nos llamamos *bípedos*.



También somos *bimanos*, porque tenemos *dos manos*, mientras que los *monos* son *cuadrumanos* porque tienen cuatro.

— ¿Qué estás diciendo?... ¿Cuatro manos?...

— ¡Claro que sí! ¿No te has fijado en que el mono puede tocarse con el dedo pulgar todos los demás dedos de cada una de sus extre-



...la cola que es *prensil*.

midades?

— Es cierto!... Ahora me acuerdo de que se agarra con cualquiera de ellas, como nosotros hacemos con las manos, mientras que no podemos hacer lo mismo con los pies. También se agarra con la cola, que es *prensil*.

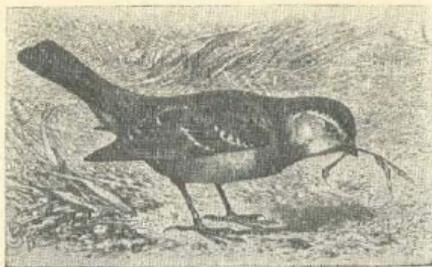
— Eso es... ¡Sigo...



Los murciélagos son mamíferos.

III. — AVES

Aves son las *gallinas*, el *pato*, el *canario*, el *avestruz*, el *teru-teru*, el *águila*, el *martín pescador*, la *paloma*, el *cisne*, etc., etc.



mas; son *ovíparos* porque nacen de huevos como los pollitos; tienen dos patas, alas para volar, y su sangre es caliente. Entonces son *aves*.

— Sí, ya sé; pero tú juntas aves diferentes. Yo he oído decir que se dividen en grupos distintos con nombres diferentes también.

— Bueno, sí; yo también he oído decir lo mismo; pero la maestra no quiere que nos ocupemos todavía de eso.



— ¿Qué mezcla estás haciendo?

— ¿Cómo mezcla? No hago mezcla ninguna. Todos son animales que tienen el cuerpo cubierto de plu-



Dijo un día la señorita que

hay muchos miles de especies diferentes de aves, lo mismo que de mamíferos y otras clases de animales.

— Está bueno, Luis. ¡Basta! Ya me has dicho tu discursito también.

Otro día seguiremos nuestro examen. Ya veo que en tu escuela enseñan lo mismo que en la mía.

Yo tengo que hacer, precisamente, una composición sobre los *reptiles* y los *peces*, para pasado mañana. Te la mostraré.



IV. — LA COMPOSICIÓN DE JOSÉ

Luis y José se encontraron nuevamente ayer, y después de conversar un momento sobre diferentes cosas, dijo José:

— Aquí tienes mi composición sobre los *reptiles* y los *peces*. Es cortita, porque así encargó la señorita que la hiciéramos.

Luis tomó el cuaderno de su amigo, y al abrirlo, no pudo menos que exclamar:

— ¡Qué linda letra tienes, José! ¡Y qué limpito está tu cuaderno!

José se sonrió satisfecho al oír ese elogio espontáneo de su buen amigo, y contestó:

— Es que, si no los llevamos así, la maestra

no recibe los deberes. Por eso nos da tareas cortas, para que tengamos tiempo de hacerlas con *prolijidad* y sin cansarnos.

Luis leyó la composición, que decía :

V. — LOS REPTILES

Los animales van de un punto a otro caminando, porque tienen para eso piernas, como el hombre, o patas como los cuadrúpedos. Otros,

como las aves, tienen patas y alas y vuelan.



Pero hay animales *vertebrados* que no tienen ni alas ni patas, o si tienen patas, son tan cortas que no les sirven para caminar; en-

tonces se *arrastran* por el suelo.

Estos animales se llaman *reptiles*. Son reptiles las *tortugas*, los *lagartos* y las *serpientes*.

Las víboras de *cascabel* y la de la *cruz*, cuyas picaduras son muy venenosas, son serpientes. También son serpientes las culebras llamadas *boas*.

Hay serpientes sumamente grandes, que miden siete, ocho y más metros de largo.

VI. — LOS PECES

Los peces son animales que viven en el agua, la cual es para ellos como para nosotros el aire.

Nadan por medio de *aletas*. Muchos tienen el cuerpo cubierto de *escamas*.

Hay peces de todas formas y tamaños.

El más grande y más *temible* por su voracidad es el *tiburón*.

Apenas acabó de leer, Luis exclamó:

— ¿Cómo?... El tiburón no es el pez más grande; es la *ballena*.

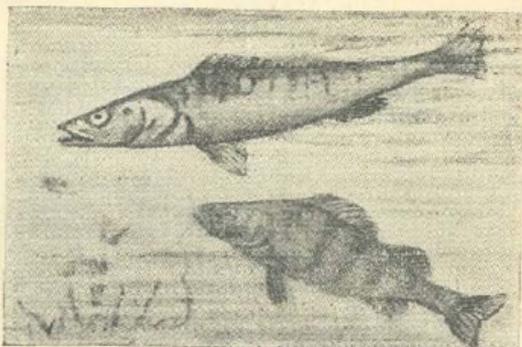
José se sonrió y dijo:

— Te equivocas, Luis. Olvidas que la ballena, aunque vive en el agua, no es un pez, sino un mamífero, así como el *murciélago*, que vuela como las aves y, sin embargo, es mamífero.

Éeme ahora tu composición.

— No puedo leértela, José, porque no la he escrito todavía. Será otro día.

Conversaron otro momento y se despidieron cariñosamente.



46. — Un gran susto.

Pepito ha salido de casa aprovechando un descuido de su mamá. De pronto, ve avanzar hacia el sitio en que se encuentra, una bandada de gansos.

Los dos primeros están ya a su lado y con su grito desagradable parece que le dijieran:



— ¡Alto ahí, señor escapado!...
¿Adónde va usted sin permiso?
Entréguenos el pan que tiene en la mano, o se lo arrebatamos a picotazos.

El pobrecito no sabe lo que le pasa. Está tan asustado que ni se le ocurre retroceder. Los gansos no le harán nada; pero él no lo sabe. Tiene mucho miedo y llora.

¡Qué cara le cuesta la escapada!

La abuelita ha oído sus gritos y se asoma a la ventana.

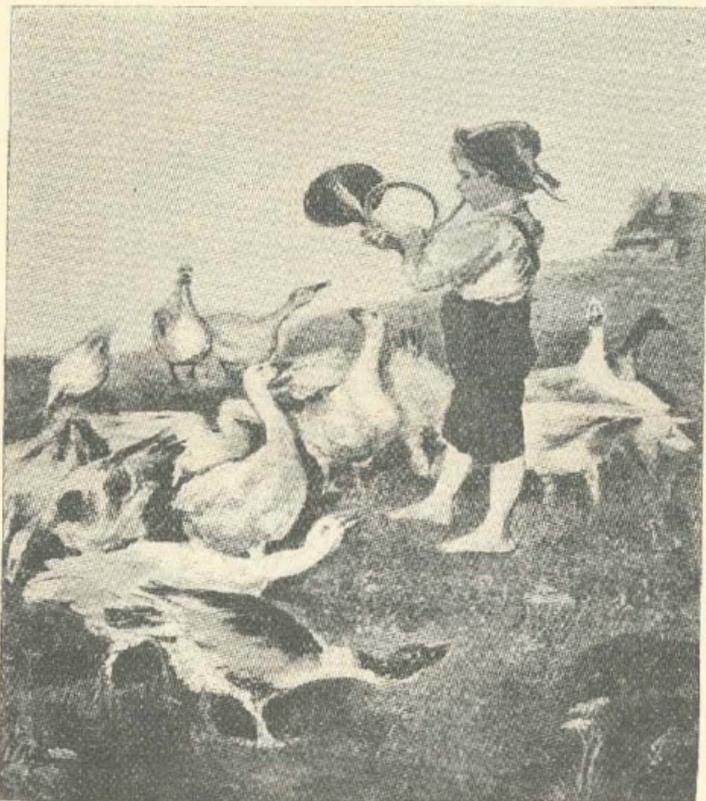
Vendrá en su auxilio y se le pasará el susto al llorón.

Los señores gansos continuarán entonces su camino.

¿Adónde irán?

¡Ah! Ya lo sé.

¿No oís el sonido de una corneta?



Es Abelardo, el hermano de Pepito, que está un poco más allá, sopla que sopla en su corneta.

Los gansos, al oírlo a la distancia, deben haber pensado :

¿Qué música extraña es ésa?... Vamos a ver...

Y se pusieron en marcha pasando por donde se hallaba Pepito.

Ahora, ahí los tenéis rodeando al señor de la corneta.

¿Estarán cantando el himno de los gansos?

¡Por cierto que no ha de ser muy melodioso su canto!

Vamos a ver, pues, don Abelardo... Ahí tiene usted su batalloncito reunido. Aproveche la ocasión para mandar:

¡Gansos, a formar!

¡Alinearse por la derecha!... ¡Firmes!...

¡De frente!... Paso redoblado!... ¡Marchen!...

¡Uno, dos!... ¡Uno, dos!... ¡Uno, dos!...

47. — La Pula.

Leonilda va a cumplir 6 años.

Tiene por sobrenombre *La Pula*.

Es rubia, de cabello *rizado*. Sus ojos son azulados, claros.

Su graciosa carita expresa bein su modo de ser, suave y afectuoso.

Cuando habla parece que acaricia; tan dulce es su modo de decir.

Y sin embargo, a veces, yo no sé por qué, se encapricha en una cosa y grita enojada; pero de pronto se tranquiliza y *espontáneamente* corre a donde está su papá y exclama:

¡Perdón, papacito!...
¡Perdón, papacito!...

Los que sólo la vieran y oyeran en uno de esos momentos de impaciencia, creerían que es de mal genio.

Se equivocarían mucho, por cierto.

Es de muy buen corazón y tiene sentimientos que no parecen propios de su edad.

Hace poco se murió su hermanita, Nelly, la única que tenía. La llamaba *Pilili*.

A la Pula la habían llevado a casa de unas tías antes de que Nelly muriese.

Cuando volvió a la suya, preguntó:

— Mamá, ¿dónde está *Pilili*?

La pobre madre quiso hablar, pero no pudo.

Señaló al cielo con el dedo y abrazó a su hijita sollozando.

La Pula no dijo ni una palabra, pero apretó fuerte, fuerte, a su mamá, y la cubrió de besos.

Cuando el padre volvió de su trabajo, ella corrió a su encuentro y le dijo:

— *Papacito, no le hables a mamá de Pilili, para que no lllore.*

Y a la madre le dice a cada rato:

— *¡Soy tuya y te quiero mucho, mamita!*



La mamá se domina ahora para no afligir a su hijita.

La Pula tiene también la cualidad que tanto me gusta :

Es incapaz de decir una mentira, jamás, ni por broma.

48. — La bruja de la aldea.

¡Cuánto me disgusta esta escena!

A esa viejecita la llaman la *bruja*.

Los chicos y los grandes dicen que hace *daño*; muchas de las desgracias que ocurren en la aldea *se las atribuyen* a ella.

Afirman que habla con los *duendes*.

¡Qué disparates!... Sólo los ignorantes pueden creer semejante cosa.

Los duendes no existen. Nadie los ha visto ni los verá.

Tampoco hay brujas, ni *cucos*.

Entretanto, la pobre anciana es víctima inocente de la *credulidad* de los ignorantes y tal vez de algunas personas *perversas*.

Cuando aparece en el campo, los chicos mal criados le hacen burla, le gritan « ¡vieja bruja! » y hasta le arrojan piedras.

Ella, que es una persona como las demás, se enoja y con razón.

Procura castigar a los chiquillos con el bastón.

Los menores se asustan y lloran. Los otros se ríen y siguen con sus burlas.

La pobre señora está muy vieja, no puede andar muy ligero y no alcanza a castigarlos como merecen.

Por eso los muchachos se aprovechan y la maltratan.

¡Es una cobardía!

¡Oh!... no imitéis jamás ese ejemplo de crueldad.

Pensad un momento en lo que sufriríais si así fuese tratada vuestra mamá, ya vieja, o vuestra abuelita.

Os enfureceríais, contra los insolentes que se atreviesen a ofenderla, ¿verdad?

Y bien; pensad que esa viejecita y tantas otras calumniadas como ella, son tan dignas de respeto como vuestra propia madre y vuestra abuelita querida.

Tal vez no tiene cerca un hijo o un nieto que pueda defenderla; ¡ella, que se hubiera dejado matar por sus hijos, y que quizá trabaja todavía para mantener a sus nietos huérfanos!

¡Oh!... el que no respeta a los ancianos es indigno de vivir entre la gente civilizada.



La bruja de la aldea.

49. — El ratón.

(UNA CLASE DE COMPOSICIÓN)

La maestra trajo ayer a la clase una jaula, dentro de la cual había un ratón vivito, igual a los del grabado.

Había caído en la trampa durante la noche.

— Formen círculo alrededor de la mesa — dijo la señorita después de pasar lista.

¡Con cuánto gusto nos acercamos todos, deseosos de ver bien al animalito, que se agitaba en la jaula buscando por donde escapar!

— Obsérvenlo con cuidado. Entre todos harán una breve descripción oral. ¿Qué dices tú, Ricardo?



— Yo digo que *ese ratón es un animal que tiene cuatro patas y entonces se llama cuadrúpedo.*

— Y ¿por qué dices *ese ratón*? Los demás ratones ¿no tienen también cuatro patas?

— Sí, señorita.

— Luego, ¿cómo se debe decir? A ver tú Amadeo.

— Yo diría : *el ratón es un animal cuadrúpedo porque tiene cuatro patas.*

— ¿Qué más, Elisa?

— *El ratón es un animal pequeño.*

— Tú, Carmen.

— *El ratón mueve mucho los ojitos. Los ojitos le brillan.*

— ¿Quién puede decir eso con menos palabras?

— ¡Yo, señorita! — exclamó Aníbal, y agregó :

— *El ratón tiene ojos vivos.*

— ¡Muy bien dicho! Sigue tú, Elisenda.

— *El ratón tiene una cola larga y delgada.*

— ¿No tienen ustedes nada que criticar a esa frase?... Tú, Andrés.

— Sí, señorita. Puesto que el ratón no tiene más que una cola, yo diría : *El ratón tiene la cola larga y delgada.*

— Yo, señorita — interrumpe Julio, — dejaría la palabra *una*, pero agregaría dos palabras más ; así : *El ratón tiene una cola que es larga y delgada.*

— ¡Muy bien Julio! ¡Muy bien, Andrés!

— Veamos ahora si es posible repetir todo lo que llevamos dicho, pero empleando menor número de palabras y sin explicar aquellas cuyo significado ya conocemos, como, por ejemplo, *cuadrúpedo*.

Varios niños ensayaron. La maestra les ayudó a corregir algunas veces, y por fin Julio, que es

uno de los que más atienden y *reflexionan*, hizo el resumen así:

— *El ratón es un pequeño cuadrúpedo de ojos vivaces y de cola larga y delgada.*

— Así me gusta — dijo la maestra, contenta. — Continuemos la descripción. A ver, Enrique.

— *El hocico del ratón es alargado. Los dientes del ratón son agudos y de color blanco.*

— Eso se puede abreviar. ¿Qué te parece, Anita?

— Sí, señorita. Yo diría: *El hocico del ratón es alargado. Sus dientes son agudos y de color blanco.*

— ¿Qué más?

— *Tiene un modo de moverse que hace gracia* — dijo Anibal.

— *Tiene movimientos graciosos* — corrigió Julio.

— ¿Quién hace ahora el resumen final? Hay que suprimir todavía palabras que no son necesarias.

Varios ensayaron otra vez, y por fin se dió por terminada la descripción en esta forma:



Angélica escribió todo en el pizarrón.

— *El ratón es un pequeño cuadrúpedo, de ojos vivaces. Su cola es larga y delgada, su hocico es alargado, sus dientes agudos y blancos. Tiene movimientos graciosos.*

Angélica lo escribió todo en el pizarrón y nosotros lo copiamos en el cuaderno. Después la maestra nos mostró un grabadito que representaba un grupo de niños jugando *al gato y al ratón*, y nos dijo:

— ¿Conocen ustedes este juego?

Muchos contestaron que sí.

— Bueno. Jueguen ahora en el recreo, y mañana, a la hora de composición, eso nos servirá de tema.

Yo voy a prepararme para decirlo bien, sin emplear palabras innecesarias.

50. — La niña aristocrática y la campesina.

Esa señora y esa niña de sombrero son de la ciudad, y como en ésta hace mucho calor en verano, la señora, que tiene fortuna, ha salido en busca de aire más fresco y saludable.

Ha elegido un paraje cerca del mar y en él se ha instalado.

Todos los días sale a dar un paseo con su hijita, recorriendo a pie, durante largo rato, los alrededores del hotel en que se aloja.

Hoy la niñita, cuyo nombre es Josefina, ha tenido una grata sorpresa.

Estaba paseando, cuando de pronto oyó a sus espaldas gritos y corridas. Se volvió rápidamente y vió cerca a una hermosa y rústica chiquilla descalza, corriendo, alegre, detrás de un becerrito.

La chiquilla se detuvo un momento, y entonces Josefina y la señora se acercaron a ella.



— Bueno... sí... lo voy a tocar.

— *¿No hace nada este animalito?* — preguntó Josefina.

— *No, no; tóquelo sin miedo, si quiere.*

— *Bueno... sí... lo voy a tocar. No tengo miedo...*

Y estiraba la mano; pero, al menor movi-

miento del animal, encogía rápidamente el brazo, temerosa.

Viendo ésto, la bella aldeanita se apoyó en el animal, poniéndole el brazo sobre el lomo para que permaneciese quieto.

Josefina se acercó entonces un poco más y tocó suavemente el ternerito con la punta de los dedos.

— *¿Has visto, mamá, como soy valiente?* — dijo en seguida.

Así fué animándose poco a poco; mas, cuando el animal volvía hacia ella la cabeza, la niña decía :

— *No hace nada... no hace nada...*; pero se echaba hacia atrás, acercándose a su mamá.

Josefina tiene también animalitos en su casa, ovejitas, gatos, perros, terneritos y hasta un elefante; però son de madera o de cartón. No se mueven, no son verdaderos, no son *vivos*, como el que acaba de tocar emocionada.

Como no es orgullosa y su mamá le ha enseñado que los pobres son tan dignos de cariño como los ricos, dijo a la rústica y simpática chiquilla.

— *¿Quieres que seamos amigas?*

— *Yo sí, quiero* — contestó aquélla.

— *¿Volveremos mañana, mamá?*

— *Sí, hija mía, volveremos.*

— *¡Hasta mañana, entonces!*

— *¡Hasta mañana!*

51. — Historia en dos cuadros.

Nº 1



Descripción oral o escrita. — Composición.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Biblioteca Nacional de Maestros

Historia en dos cuadros.

Nº 2.



Descripción oral o escrita. — Composición



52. — Descripción oral o escrita. — Composición.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Biblioteca Nacional de Maestros

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Biblioteca Nacional de Maestros

53. — El retrato de Teté.

¿Quién es esta niña?
Su nombre es Ruth;
pero la llaman Teté.

¿Qué pensativa está!

No, no está pensativa;
está fastidiada. Observad
la expresión de su cara.
Ved con cuánto desgano
sostiene la varita.

Y ¿por qué está fasti-
diada?

Es que la están retra-
tando y hace tiempo que
el fotógrafo la corre para
acá, la mueve para allá
y nunca le parece que está bien.

— ¡A ver... no se mueva, hijita!... — le dice,
y vuelve a su máquina, se cubre la cabeza con
un paño negro y mira. Se descubre, mueve el
aparato y vuelve a taparse la cabeza y a mover
la máquina.

Entretanto, Teté no se puede mover.

El fotógrafo se descubre otra vez, va a la niña,
la cambia de posición, le arregla la cabeza y
repite:

— ¡Así... así... eso es!... ¡Quieta ahora!

Y la pobrecita se queda quieta. Y eso que
está oyendo ahí cerca la conversación y las risas



de sus hermanitos. Querría ir a donde están ellos, pero el papá, que quiere tener un retrato de su hijita, le dice también:

— *No te muevas, querida. Ya se acaba.*

Y Teté obedece. No hay más remedio.

Por eso tiene carita de resignada.

¡Qué suspiro se le escapará cuando le digan:

— *Bueno, ya está. Puedes ir a jugar!*

54. — Abnegación de un niño.

Guillermo, chico de nueve años de edad, se había quedado huérfano de padre. La madre, con varios hijos menores, no tenía quien la ayudara a ganar el sustento para todos.

Guillermo, que a pesar de ser tan niño, tenía mucho juicio y energía, dijo un día a la madre:

— *¡Mamá! yo puedo ayudarte. Déjame hacer lo que hacen otros niños apenas un poco mayores que yo.*

— *¿Qué, hijo mío?*

— *Vender diarios, hasta que encuentre un trabajo mejor.*

La madre deseaba evitar a su hijo un trabajo tan penoso; pero Guillermo insistió. Sus hermanitos tenían hambre. La buena señora no tuvo más remedio que ceder.

Y bien; el noble chico, durante mucho tiempo se levantaba a las tres y media de la madrugada,

en las noches heladas de invierno. Llegaba de los primeros a la imprenta, para recoger los diarios, yendo después con ellos a una de las estaciones más retiradas, a esperar el arribo de los primeros trenes.

Por la tarde hacía lo mismo, y a pesar de eso, el valiente muchacho, que antes de quedar huérfano había empezado a ir a la escuela, volvió a ella.

Concurría a las clases de una escuela nocturna.

El pobrecito se quedaba a menudo dormido sobre su mesa.

La maestra lo dejaba dormir tranquilamente porque conocía la noble abnegación del niño, que así se sacrificaba por su madre y sus hermanitos.

Ella misma me ha contado esta historia y, al terminarla, me decía :

— Hace veinte años de esto. No he vuelto a ver a Guillermo; pero estoy segura de que ha llegado a ser un hombre de provecho.

¡Oh, sí Yo también estoy seguro.

Los que trabajan con amor y perseverancia triunfan siempre ¡siempre!

Y son felices.



55. — El embustero y el lobo.

¿Conocéis la vieja historia del niño embustero y el lobo?

José era un chico que tenía el peor de los defectos: era mentiroso.

Se había quedado huérfano de padre, siendo muy niño. Fué desde entonces, muy mimado por su mamá y por sus hermanos mayores.

Cuando cometía alguna falta, sus hermanos decían:

— *No ha sido Pepito, no; ha sido el gato. ¡Pícaro gato!*

Si Pepito decía alguna mentira, en vez de reprenderlo y castigarlo muy severamente, como merecía, se la festejaban como una gracia.

Así creció, y la gracia se convirtió en un defecto gravísimo, que lo hizo antipático a todo el mundo, ocasionándole más de un disgusto.

Oid lo que le sucedió un día.

Tenía José doce años de edad y era el encargado de llevar las ovejas a pacer.

En los alrededores del campo al cual conducía su rebaño, había varios ranchos y casitas ocupadas por diferentes vecinos.

Un día, éstos oyeron gritar:

— *¡El lobo!... ¡El lobo!... ¡Socorro!...*

Acudieron presurosos para proteger al pobre pastorcillo.

Imagináos el asombro de todos ellos, al encontrar a José solo entre sus ovejas, riéndose a carcajadas, golpeándose la boca y diciendo:

— ¡Juá! ¡Juá! ¡juá!... ¡Los engañé!... ¡Los engañé!...

Los vecinos volvieron a sus ocupaciones, indignados contra el embustero que usaba bromas de tan mal gusto.



¡El lobo! ¡El lobo!

Satisfecho del resultado, José repitió, algún tiempo después, su imperdonable travesura.

Mayor fué la indignación de todos al verse nuevamente chasqueados, y algunos corrieron hacia donde estaba José para castigarlo; pero José huyó al bosque inmediato, haciendo « pitos » a los crédulos *aldeanos*.

Pocos días después, un lobo vino de veras y José, en cuanto lo vió salir del bosque, empezó a gritar *desafortadamente*:

— ¡El lobo! ¡El lobo! ¡Vengan! ¡Por favor!
¡Es cierto! ¡Vengan! ¡Pronto! ¡Pronto!

Pero nadie apareció.

Entretanto, el *salvaje* animal había muerto al perro y atacaba a las ovejas.

José apenas tuvo tiempo de trepar a un árbol y presenciar desde allí la carnicería, pálido y tembloroso.

Un vecino, el único que por fin acudió al oír los gritos del chico y el balido de las ovejas, corrió armado y espantó al cruel animal.

José comprendió ese día una de las consecuencias de su grave defecto.

¿Por qué no salieron los vecinos? Porque estaban escarmentados con las primeras burlas, y creyeron, al oírle gritar por tercera vez, que mentía como las anteriores.

En boca del mentiroso,
Lo cierto se hace dudoso,

dice el refrán. Y José tuvo la prueba de ello.

*¡Qué despreciables son las personas que mienten!
Yo no puedo tolerarlas y las creo capaces de
cualquier mala acción.*

56. — El asno.

He aquí otro cuadrúpedo doméstico, de los más útiles al hombre.

Es menos bello que el caballo, pero no presta menos servicios.

Pasa largas horas haciendo girar las ruedas del *molino* y con los ojos vendados.

Es también *animal de tiro*.

Sirve como *cabalgadura*, y si bien su andar es más lento que el del caballo, es en cambio más *seguro* y aguanta largas *jornadas* sin cansarse.

Como *bestia de carga*, pocos animales le aventajan.

Es muy *sobrio*, quiero decir que se contenta con cualquier alimento: un poco de pasto, cáscaras de melón o de sandía, granos, cardos... lo que le den.

Pero ¡eso sí! no le deis a beber agua turbia. No la tomará aunque se muera de sed.

Es muy *terco* y *obstinado*. Por eso suelen algunos maltratarlo cruelmente.

Los que así proceden, revelan no tener buen corazón.

¿Acaso nosotros, que somos *seres racionales*, no tenemos también algún defecto?



Los que así martirizan al burrito cuando se *empaca*, olvidan con cuánta paciencia ha sufrido él, cincuenta veces, y privaciones de todo género y los ha llevado sobre el lomo de un punto a otro, por valles y montañas, de a uno, de a dos y hasta de a tres, sin protestar siquiera. No es tan « *burro* » como mu-



chos creen.

En los circos suelen verse asnos haciendo pruebas que revelan real inteligencia.

Pero, ¡qué poco agradable es su *rebuzno*!

Y cuando uno empieza, todos lo imitan, formando así un concierto que no hace muy felices a los oyentes.

¿Qué dirán cuando *rebuznan*?

Hay burros de color pardo, más o menos obscuro.

Los hay también negros y blancos.

A mí me gustan mucho los blanquitos.

Éste de la figura lo conozco.



Lo he visto en la sierra de Córdoba, y hasta anduve un ratito en él. Me lo prestaron los chucuelos que lo montaban.

Los otros son de La Rioja y de San Juan.

57. — El amor filial.

En 1894 se produjo en La Rioja un terrible terremoto. Aun se ven muchas de las ruinas en la ciudad y sus alrededores.

Lo que hizo en esa ocasión una niña llamada Haydée Sarmiento, merece ser referido.

Apenas se sintió el primer sacudimiento de tierra, las gentes huyeron dando gritos de espanto, corriendo a la calle, a las plazas, para no morir aplastadas bajo los escombros.

Naturalmente, lo mismo ocurría en casa de Haydée. Grandes y chicos, trastornados, se refugiaron en la huerta vecina.

Pero Haydée recuerda, de pronto, que su madre se halla enferma en cama, impedida de moverse. Su afecto le hace dominar su terror y sin vacilar vuelve corriendo a la casa, llega a la habitación en que está la madre imposibilitada, la incita a apoyarse en ella y, casi levantándola, consigue ponerla en salvo.

Es necesario haber sido testigo de la terrible catástrofe, me decía la persona por quien he conocido esta historia, para apreciar toda la

serenidad y el valor que el acto de Haydée requería para ser realizado, a pesar de su aparente sencillez.

58. — Los alimentos.

I.



Trigo

El hombre toma su alimento de *los tres reinos de la naturaleza*, es decir, del *reino animal*, del *reino vegetal* y del *reino mineral*.

Nos dan su carne: la vaca, la oveja, la cabra, el cerdo, las *aves de corral*, los animales de *caza*, de piel y de pluma; los *peces*, de mar y de agua dulce, etcétera.

Las carnes de vaca y de carnero son muy *nutritivas*.

La vaca, la cabra y otros mamíferos, nos dan la *leche*, alimento indispensable, especialmente en la primera edad. Con la leche se hace *mantequilla* y *queso*.

La gallina pone, para nosotros, *huevos* abundantes.



Maiz,

También nos dan huevos la pata, la gansa, la pava, etc.

Del reino vegetal tomamos el *trigo*, del cual se hace *harina* y con la harina *pan* y *fideos*. Tomamos otros *cereales*: maíz, cebada, avena, arroz, etc; *legumbres* variadas, *judías* (1), habas, guisantes, etc.; *frutas* exquisitas, como los duraznos, peras, melones, frutillas, manzanas, damascos, higos, chirimoyas, etc.



Avena.



Arroz

De la *caña* dulce y de la remolacha sacamos el *azúcar*, que es tan necesario.

Del reino mineral sólo tomamos el *agua*, que es un verdadero e importante alimento, y la *sal*.

La sal sirve para condimentar los alimentos.

No sólo les da *sabor* agradable, sino que facilita la digestión.

II. — CONSEJOS HIGIÉNICOS

No os alimentéis solamente de carne, pero que la carne forme parte de vuestra alimentación.

(1) En la Argentina se llaman *porotos*.

La carne de cerdo y la de ternera conviene comerlas bien cocidas.

Ya sabéis que la leche y los huevos constituyen un alimento de primer orden. Hervid la leche.

Conviene comer un poco de pescado; pero fresco.

No dejéis de tomar verduras.

La alimentación será, pues, *mixta*.

En caso de duda respecto de lo que más os convenga comer, consultad a un médico o a una persona ilustrada.

Comed a horas fijas y *sed sobrios*.

Masticad bien los alimentos.

Cuidad vuestros dientes limpiándolos todos los días, con polvo y cepillo.

No abuséis de los dulces y caramelos. Chupadlos, no los rompáis con los dientes, si no queréis sufrir mucho, perder la dentadura y hacer, por lo mismo, malas digestiones.

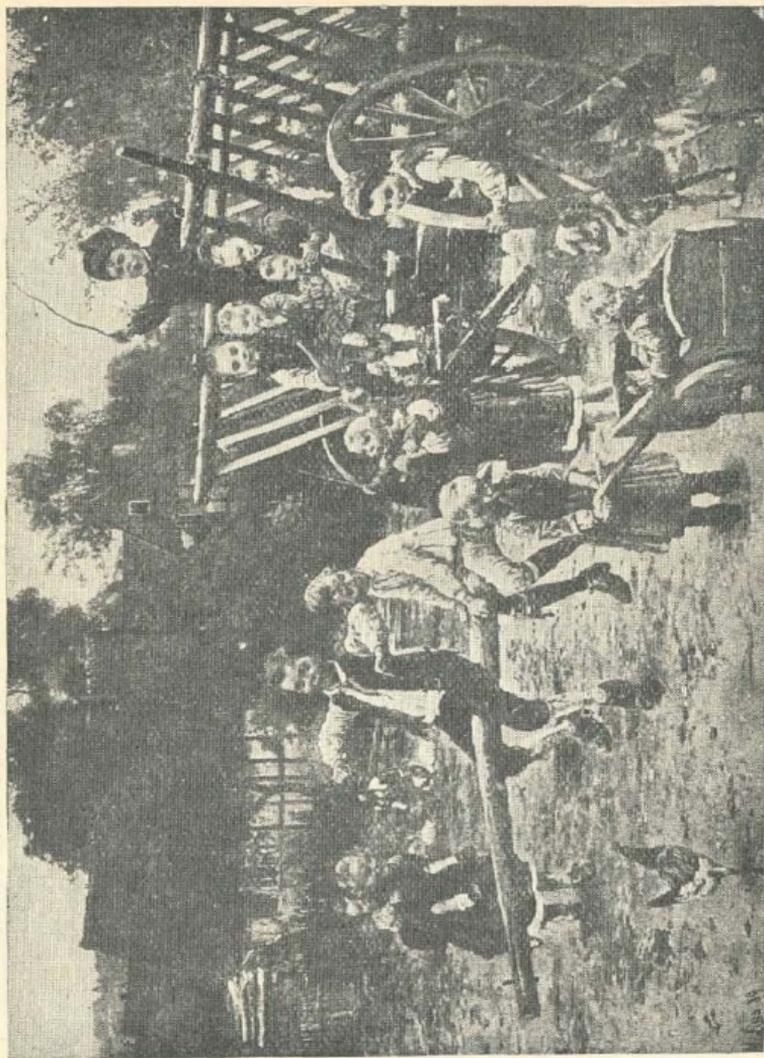
Enjuagaos la boca después de comer.

Conviene mucho enjuagársela también antes de acostarse para dormir.

59. — Consejos, máximas, etc.

En los tranvías y trenes, un niño bien criado no silba, no grita, no habla fuerte, no escupe, no incomoda de ninguna manera a los demás pasajeros.

60. — El mejor gimnasio para los niños.



Descripción oral o escrita. — Composición (Hágase hablar a los personajes.)

61. — Las bebidas

Las mejores bebidas son el *agua* y la *leche*.

Son también bebidas comunes el *vino* y la *cerveza*, las *infusiones* de *te* y de *café*.



Uva



Cacao



Te



Café

El *chocolate*, cuyo principal componente es el *cacao*, preparado con *leche* o con *agua*, forma un alimento líquido.

El *vino* se extrae de la *uva*. La *uva* es el fruto de la *vid*.

La *cerveza* se prepara con dos vegetales: la *cebada* y el *lúpulo*.

Los niños no deben tomar más bebidas que *agua* y *leche*.

El *vino* y el *café* les hacen daño, aunque esto no se note en seguida.

¡Qué buena costumbre sería la de poner en la mesa jarras de *leche*, en vez de botellas de *vino* y de *cerveza*! Pero *leche* que después de hervida se haya enfriado convenientemente.

Así se hace en muchos países. Gracias a eso y a otros buenos hábitos, los niños y los hombres crecen sanos y vigorosos.

El alcohol es un veneno.



Cebada

62. — Edith y la clase de labores.

Las niñas están en clase de labores.

Todas trabajan.

Unas remiendan sus propios vestidos.

Otras preparan, para sus hermanitos, prendas fáciles de hacer.

La mayor parte hacen trabajos útiles para sí o para personas de su familia, porque la maestra dice que eso es lo principal.

Después, algunas aprenderán a bordar y a *confeccionar* prendas de lujo, trabajos en seda, terciopelo, etc.

Eso no urge.

Varias niñas han traído polleras, que sus mamás o sus hermanas mayores ya no usan, y van a utilizar el género haciendo vestidos para sus hermanitos.

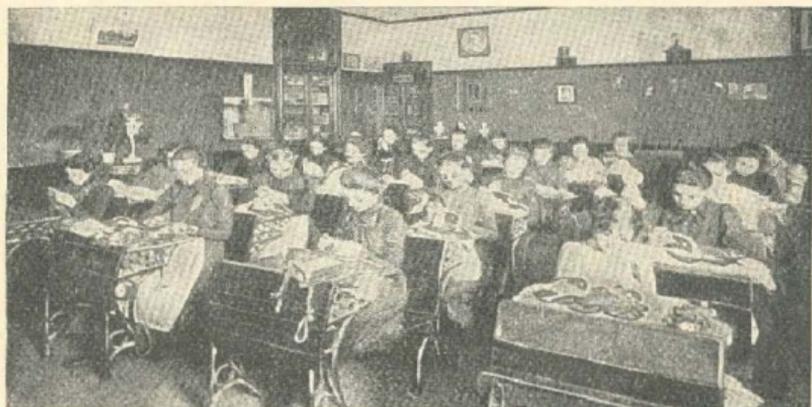
Pero lo que me impresionó más gratamente cuando entré en la clase, fué lo que oí decir a Edith.

Es una niña de familia rica, cuyos padres tienen automóviles, carruajes y caballos finos, y viven en un lujoso chalet.

Examinando yo los trabajos que habían hecho todas las niñas, encontré que Edith se había ocupado principalmente en aprender a remendar,

zurcir, cortar y coser piezas de ropa blanca. También había aprovechado trajes usados o fuera de moda, para hacer otros nuevos.

No había hecho más trabajo de adorno que



bordar unas zapatillas, para regalarlas a su papá el día de su cumpleaños.

Yo hablé aparte algunas palabras con la maestra y después, dirigiéndome a Edith, le pregunté:

— *Dime, niña, ¿por qué pierdes tiempo en aprender a remendar o renovar vestidos viejos, si tú eres rica y no lo necesitas?*

Edith se puso colorada y, levantándose, contestó:

— *¡Señor! mamá me ha dicho que la fortuna de papá puede perderse, por cualquier motivo, de un momento a otro. Dice que eso ha sucedido mu-*

chas veces a pèrsonas más ricas que nosotros, y que, por eso, yo debo pensar que mañana puedo ser de las más pobres y necesitar, como todos, de mi habilidad para trabajar.

Yo aplaudí, contento, esa respuesta, y ví que todas las niñas miraban a Edith con aire cariñoso.

Me dijo después la maestra que Edith era amiga de todas ellas; que jamás se *jactaba* de ser rica; que, por el contrario, era humilde y a menudo ayudaba con sus indicaciones a las más atrasadas.

Supé también que sus vestidos eran de buena clase y bien hechos; pero no llamaban la atención por su lujo, ni por sus adornos. Era sencilla, y levaba puesto, constantemente, un delantal.

No tenía más alhajas que un anillo, regalo y recuerdo de su abuelita, muerta el año anterior.

La maestra me refirió que Edith recibía en su casa lecciones especiales de piano y de dibujo; pero que la madre le enseñaba también el arreglo de la casa, le hacía barrer y tender camas y le había dicho que después le enseñaría a cocinar.

Cuando salí de esa escuela, pensaba yo para mis adentros:

— ¡Qué juiciosos son los padres de Edith!
¡Ésos sí que saben querer y educar a sus hijos!
Serán siempre felices, ¡oh, sí! estoy seguro.
Lo serán porque lo merecen.

Me llenó de contento saber que con frecuencia los alumnos hacen trabajos que la directora distribuye entre las familias muy pobres o entre los niños de los asilos. Y el reparto se hace siempre en privado, nunca públicamente.

63. — El frutero y la fruta.

I.

— ¡Naranjas! ¡bananas! ¡limones!..... ¡marchante! grita el frutero. Y sin esperar que lo llamen, pasa el zaguán y se detiene junto a la puerta de reja.

No bien lo oyen, salen corriendo los chicos de la casa y van a rodearlo gritando a su vez:

— ¡El frutero, mamá!... ¡El frutero!...

La mamá acude.

En las canastas hay *naranjas, manzanas, limones y bananas.*

— ¿No tiene fresas?

— No, señora. *Hay muy pocas todavía en el mercado y no están baratas. Cómprame estas bananas.*

— No quiero bananas. ¿A cómo vende estas naranjas?

— *A cuarenta centavos la docena.*

— ¡Qué carero está usted hoy!... *No le pago más que treinta centavos.*

Y la señora hace como que se va.

— Bueno... Ven-
ga acá... Tómelas —
dice el vendedor. —
¿Cuántas quiere?

— Hoy quiero una
docena, nada más.

— Y esto... ¿es
fruta también? —
pregunta en tono de
broma uno de los
chicos, señalando
la yunta de perdices
que cuelga del ca-
nasto.

La señora paga las
naranjas y entonces
los chicos exclaman :

— ¡La yapa! ¡ Dénos la yapa!

El frutero les da una banana y se va gri-
tando :

— ¡Naranja dulce! ¡banana! ¡limones!... ¡mar-
chante!



II.

Hay muchísimas clases de frutas. Además de
las nombradas, hay duraznos, damascos, ciruelas,
peras, higos, guindas, melones, sandías, chirimo-
yas, etc., etc.

Me gustan mucho las chirimoyas.

— ¿Y las bananas?... Pero los duraznos son muy ricos también... ¿Y las peras de agua?... ¿Y las uvas?...

¡La verdad es que todas son tan agradables!

Con algunas frutas se hacen bebidas. De la uva se saca el *vino*, y del *zum* de la manzana se fabrica la *sidra*.

En algunos pueblos comen mucho *patay*. Es un alimento que se prepara con la fruta del *algarrrobo*. No me gusta el *patay*. Me gustan más las *conservas* de frutas, las *jaleas*, como la de *membrillo*, *guayaba*, etc.

La fruta es un alimento sano, pero debe comerse madura y sin excederse.

64. — Consejos, máximas, etc.

Cuando dos personas hablan en secreto, no trates de oír lo que dicen. Aléjate. _____

No interrumpas al que habla.

En vez de burlarte del extranjero que habla mal tu lengua, piensa que tú no eres capaz ni aún de hacerte entender en la suya. _____

No hables en voz más alta que lo necesario, ni gesticules demasiado. _____

No des conversación al que está trabajando y necesita silencio. _____

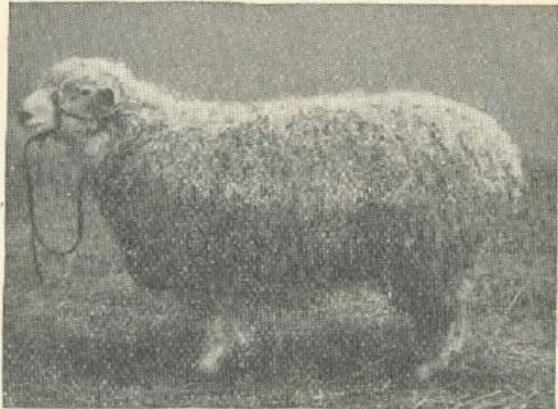
No leas lo que otro está escribiendo.

65. — Nuestros vestidos.

Los vestidos sirven para cubrir nuestro cuerpo y para protegerlo contra el frío y la humedad.

También los animales tienen su vestido natural.

Ese vestido lo forman la lana, la cerda, las plumas, etcétera, que cubren su cuerpo.



El hombre toma de los tres reinos de la naturaleza las materias primas con que fabrica sus ropas. Los animales nos dan *lana, pelo, cuero, seda*, etc.

De diferentes *plantas* extraemos el *lino*, el *algodón*, el *cañamo*, con los cuales preparamos *telas* de muchas clases.

Así, podemos confeccionar diferentes prendas de vestir, empleando las materias más convenientes, según el objeto a que se destina la pieza y según las estaciones del año.



Lino

Los vestidos de lana son los que más abrigan. Los de hilo son los más frescos.

Los colores oscuros abrigan más que los claros, porque *conservan* el calor.



Algodón.

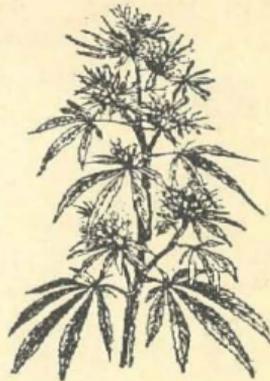
Algunas materias *minerales* nos sirven también para completar los vestidos. Los clavos de nuestros zapatos son de *hierro*; algunos botones y broches son también de *metal*. Las joyas con que nos adornamos son de *oro* y de *plata*, y las *pedras preciosas* tam-

bién pertenecen al reino mineral.

Un niño bien vestido es el que lleva traje *limpio*, aunque no sea de tela fina; y *cómodo*, para que no impida los movimientos.

¡Qué mal efecto causa ver a un niño que, por parecer más elegante que los demás, se pone vestidos muy ajustados!

Pero lo que más choca es el niño orgulloso que cree ser más que los otros porque viste de seda o de paño fino y lleva botones dorados y zapatos de charol. Esos tontos se ponen en ridículo.



Cáñamo.

La gente sensata prefiere el niño modesto, que tiene el traje remendado, tal vez, pero limpio, siempre.

66. — La niña generosa.

Estamos en verano.

Los dueños de la hermosa casa quinta están de fiesta.

Es el cumpleaños de Elisita y con ese motivo han invitado a numerosos amigos a un *pic-nic*.

Comieron al fresco, a la sombra de árboles corpulentos, cuyas ramas están cubiertas de espeso *follaje*.

Alrededor del terreno que ocupan, algunos *arbustos florecientes* llenan el aire de *fragancias*.

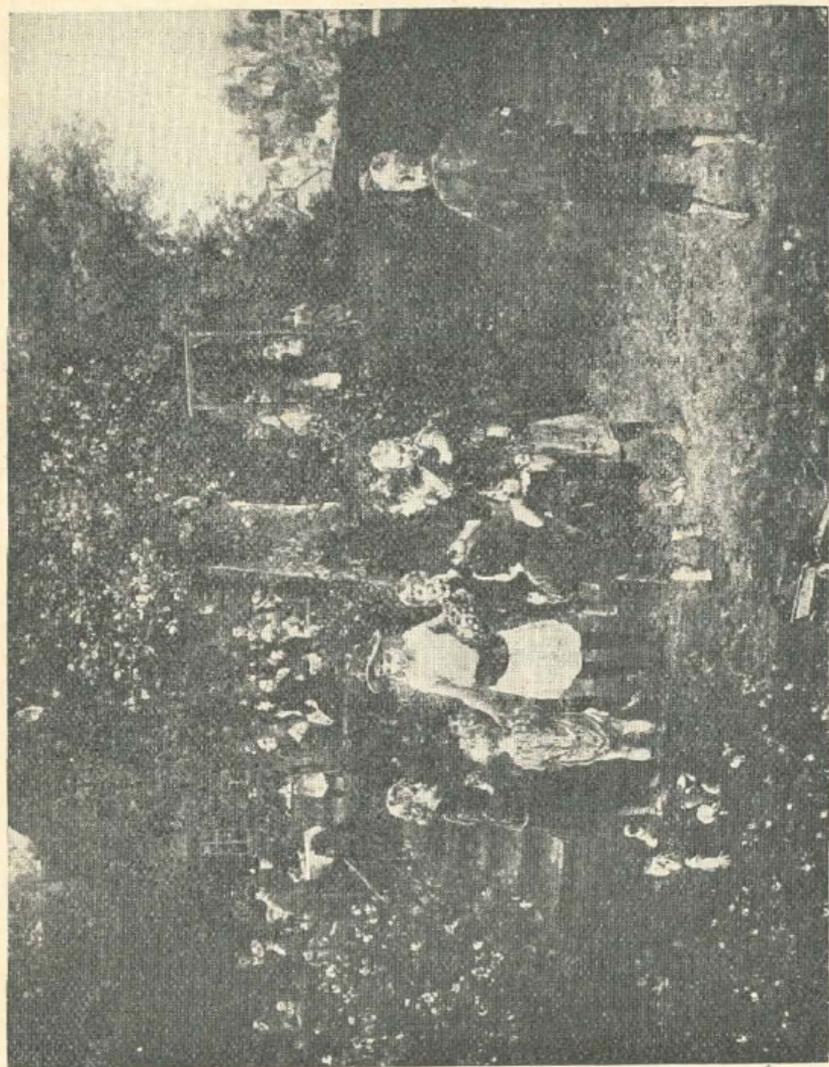
La comida ha terminado entre conversaciones animadas, risas, alegría.

Mientras a los mayores se sirve el café, los niños reanudan sus juegos interrumpidos.

Allá veo un grupo rodeando un arco de madera.

Hay en el arco una *hamaca*, en la que se divierten algunas niñas.

Pero... y estos chicuelos, descalzos unos y pobremente vestidos otros, ¿qué hacen aquí? ¿quiénes son?



La niña generosa.

Son niños que viven en los *alrededores* de la quinta.

Han acudido al ruido de la fiesta y contemplan a distancia la felicidad de los ricos.

¡Con qué ganas habrían comido ellos también masas y dulces!

De pronto, Elisita ve a los pobrecitos, y entonces, separándose de sus compañeros, corre a la mesa y dice:

— *Mamá: ¿Quieres que lleve dulces a aquellos chicos?... Fíjate con cuánta envidia nos están mirando. ¡Pobrecitos!*

— *¡Oh sí, querida! ¡Toma! ¡Llévalas!*

Y Elisa, gozosa, tomó una canastita y ahí la tenéis repartiendo dulces entre los nuevos convidados.

¡Con qué placer reciben éstos el inesperado regalo!

Observad la expresión de sus semblantes.

Ése que se halla detrás, ya está servido. ¡Con cuánto gusto muerde su masita! Qué rica es!

Es tal el contento, que nadie piensa en levantar al chiquito que se ha caído al suelo y llora.

Ya lo hará callar la buena Elisita dándole un caramelo.

Y tú, la más grandecita, tú que estiras la mano impaciente, no te apresures... Hay para todos. Deja servir a los chicos primero.

Y tú, chiquilla, no te metas los dedos en la

boca, ni te hagas la enojada, que al fin has de comer también como los demás.

Ved esta otra de la izquierda, cómo espera sonriente su turno.

Y cómo alarga los bracitos el de la gorra, ése que nos da la espalda, aquí, en el *centro*... Se come las masas con los ojos, ¡seguro! Me parece que lo veo con la boca entreabierta y mirando *alternativamente* a Elisita y al canasto, como diciendo :

— *¡Que no se acaben, eh! ¡Cuidado, que falto yo!*

Y el mayor de todos, el que está solo, a la derecha, con las manos en los bolsillos y que tiene rota en el codo la manga del saco, ¿qué hace? ¿Por qué no se acerca?

Tiene vergüenza. Y, sin embargo, también él comería con gusto.

Elisita lo llamará. Él quizá conteste :

— *Gracias, gracias; no tengo ganas...*

Pero ella insistirá y si él se aleja sin recibir nada, yo sé lo que hará Elisita.

Dará su parte a uno de los otros, diciéndole :

— *Toma; llévale esto a tu hermano.*

¡Muy bien, Elisita! Tienes un corazón generoso.

67. — Consejos, máximas, etc.

La naturaleza ha dado al hombre dos orejas y una boca para enseñarle a que hable poco y oiga mucho.

68. — El enfermito.

El nene está enfermo.

El médico vino y recetó un medicamento. Es una bebida de *sabor* un poco desagradable y el nene no quiere tomarla. La mamá se ha can-



sado de insistir en que la tome. El chico cierra la boca y rechaza a manotones la cuchara.

Han llamado entonces al abuelito, porque el papá ha ido a su trabajo.

El nene llora, porque sabe que el abuelito le hará tragar la bebida a la fuerza, si se resiste. Hace bien el abuelito.

Muchos niños no toman los remedios porque están mal acostumbrados.

Las madres, y también los abuelos, suelen decir:

— *¡Es tan chiquito!... Vamos a esperar un momento. Después lo tomará.*

Yo creo que hacen mal. Cuando se llama al médico, hay que hacer las cosas como él las manda, aunque los medicamentos no sean dulces, porque si no lo hacemos así, el enfermo no mejorará y nosotros tendremos la culpa.

Conozco varios niñitos que toman los medicamentos sin llorar y sin resistirse. Yo sé por qué. Es porque los padres los han acostumbrado a obedecer desde muy chiquitos.

Así debe ser.

También les han enseñado a que abran bien la boca y a sacar la lengua para mostrar la garganta.

Cuando sean un poco mayores, les enseñarán a hacer *gárgaras* con agua.

Esos padres proceden muy juiciosamente. Así podrán cortar a tiempo muchas enfermedades y facilitar el trabajo del médico.

Muchos no lo hacen porque no se les ha ocurrido; pero lo harían si alguien los aconsejase.

Lo harían, porque aman a sus hijos y desean su bien.

69. — En la Primavera.

Ha vuelto la *Primavera*.

La Primavera empieza el 21 de septiembre y dura tres meses como las demás estaciones.



Los días van siendo cada vez más largos. El aire es templado y agradable.

Los árboles *florece*n.

¡Con qué gusto corren los niños por el campo!
Han dejado ya los pesados trajes de invierno.
Sus vestidos son ahora ligeros y de colores
claros.

María ha salido con su mamá a dar un paseo
matinal.

Le gusta respirar el aire fresco de la mañana.
Junta flores. Con ellas hace un *fragante ramo*,
con *margaritas* y *violetas* que abundan en los
alrededores de su casa.

Agregaré después algunas *rosas* del jardín y
llevaré el ramo a su abuelita.

— *Tome, abuelita; yo las he juntado para usted...*
— dirá la cariñosa criatura.

Y la abuelita recibirá contenta el ramo, mirará
un momento, enternecida, a su nieta adorada,
y, sin poderse contener, la estrechará entre sus
brazos.

Tal vez le diga al acariciarla:

— *Tú, querida, tú eres la flor que más ama tu
abuelita.*

Y María le echará los brazos al cuello y repetirá
como de costumbre:

— *¡Te quiero mucho, abuelita!*

70. — Consejos, máximas, etc.

Sed francos y buenos, pero procurad ser fuertes para
defenderos valientemente si es menester.

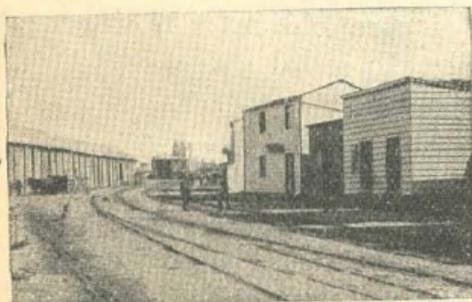
71. — La habitación.

El *alimento*, el *vestido* y la *habitación* son las tres necesidades *primordiales* del hombre y de los animales.

Los animales se alojan en *cuevas*, en *nidos* y en *guardas*, debajo de los árboles, entre las piedras, según sus necesidades y costumbres.



A los animales domésticos el hombre les prepara alojamiento en *pesebres*, *casillas*, *jaulas*, etc.



Los hombres edifican su casa valiéndose de distintas materias primas, desde los *ranchos* de barro y paja y las casitas de madera y piedras, hasta los lujosos *palacios* hechos de ladrillo, granito y mármoles finos.

Las casas de los pobres no tienen muchas co-

modidades; pero eso no impide a sus habitantes vivir felices en ellas, tanto como los ricos en sus *chalets suntuosos*, si unos y otros realizan la primera condición: la de ser virtuosos y trabajadores. El campesino, el labrador, el modesto obrero que ocupa dos o tres cuartos sencillos en el campo o en las *afueras* de la ciudad, tienen todo lo que necesitan para ser felices.



No poseen palacios con grandes escaleras de mármol, salones alfombrados, paredes cubiertas de cuadros, iluminación eléctrica, cuartos de baño, cocinas espléndidas, mul-

titud de sirvientes; pero tienen aire más puro y abundante, sol que calienta mejor que las estufas, agua del río, del arroyo o la laguna para bañarse y nadar.

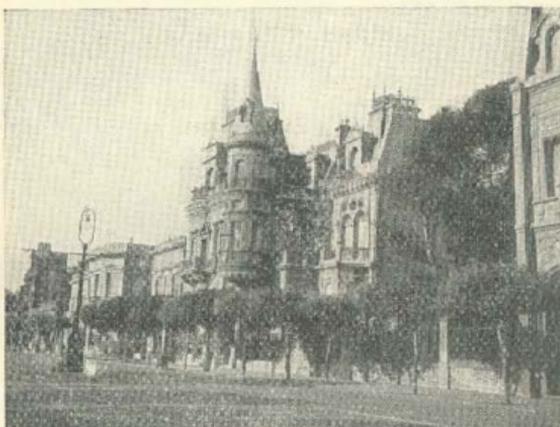
No tienen cuadros pintados, *artificiales*; pero pueden contemplar todos los días cuadros *naturales* infinitamente más bellos, las verdes campiñas, cerros y colinas, preciosos paisajes, que cambian de aspecto en las distintas horas del día, llenos de vida real y dentro de los cuales ellos mismos se mueven, trabajan y se recrean.

No tienen gran *cocina económica*; pero tienen

su modesta cocina, su horno o su brasero. No tienen criados que les sirvan sólo por el interés del sueldo; pero tienen su mujer y sus hijas que les preparan el sencillo alimento, tan nutritivo como el del rico, y a veces hasta más sano.

Todos se ayudan, distribuyéndose el trabajo del día y el arreglo de la

modesta *vienda*. Los mayores cuidan a los más chicos, éstos juegan y corren contentos, al sol y al aire, y así crecen robustos y satisfechos.



Mañana serán

grandes, fuertes, laboriosos. Entonces contribuirán con su trabajo a la prosperidad de la familia y al aumento de sus comodidades, de las que disfrutarán con más placer, tal vez, que el rico heredero, porque las habrán conquistado con su perseverancia y propio esfuerzo.

Y sus padres serán felices, más felices, sí, que muchos ricos que no pueden comprar con todo su dinero la salud que falta a sus hijos enfermos

precisamente porque han vivido entre alfombras y cortinajes, calentándose a la estufa, comiendo y bebiendo con exceso toda clase de platos, golosinas y licores.

— ¡Oh, sí!... Yo me conformo con una casita sencilla, en la que entre el sol y circule el aire.

Una casita modesta, pero limpia y sana.

Eso me basta para ser dichoso.

72. — El goloso.

Rodolfo es un niño goloso.

En la mesa *se le van los ojos* tras los dulces y la fruta.

Nunca está satisfecho con lo que le sirven.

— *Basta, Rodolfo* — dice la mamá. — *Las frutas y los dulces no hacen daño y hasta convienen a los chicos; pero a condición de no abusar de ellos.*

Rodolfo no se conforma, y, si no fuese por los padres, que no se lo consienten, él sólo comería golosinas y dejaría los alimentos más nutritivos y necesarios.

El otro día trajeron de la quinta un gran canasto lleno de *cerezas*.

A la hora del almuerzo, Rodolfo apenas tomó sopa y se resistía a comer el plato de carne y verdura que le sirvieron después.

Comía lentamente, pensando que de esa manera le retirarían su plato, apenas empezado, para servirle las frutas junto con los demás.

Pero, cuando llegó el momento y él quiso entregar su plato, dijo la mamá:

— *No, Rodolfo. Tú no has concluido de comer eso todavía. Continúa.*

Rodolfo hizo un gesto de desagrado, pero siguió comiendo, con la cabeza baja y apresurándose mucho.

— *Note apresures tanto, Rodolfo, que puede hacerte daño la comida.*

Rodolfo tuvo que obedecer. Y lo peor era que su comida ya estaba fría y por eso desagradable. Entretanto, los demás comían frutas.

Cuando Rodolfo terminaba la carne, los padres dieron la señal de levantarse de la mesa.



Indicaron a Rodolfo que hiciera lo mismo.

— *Pero yo no he comido cerezas...*

— *Tuya es la culpa, hijo mío* — contestó su mamá con calma. — *Ahora no es tiempo de comerlas.*

Rodolfo quiso echarse a llorar; pero entonces oyó un *pschit* de su padre, que significaba:

— *¡No quiero llantos sin motivos, eh!*

Y Rodolfo tuvo que sofocar los sollozos.

Poco después, al pasar Elena, su hermanita, por su lado, le oyó decir entre dientes:

— *¡Yo comeré, sí!*

A la hora de la siesta, cuando le pareció que todos dormían, Rodolfo tomó un plato lleno de cerezas, que había quedado sobre el canasto en que las trajeron de la quinta, y comió, comió hasta quedar harto.

— *Ya me desquité* — pensaba para sus adentros.

Volvió a acostarse y quiso dormir.

No había transcurrido media hora, cuando la mamá, que descansaba en el cuarto inmediato, oyó que Rodolfo lloraba desesperadamente.

Acudió presurosa y lo encontró retorciéndose con horribles dolores y diciendo que se moría.

Las frutas le habían causado una grave indigestión.

Hubo que llamar a un médico. Éste dispuso que el enfermo se pusiera en cama, en la que

estuvo varios días, sin poder jugar con su hermana y sus amiguitos.

Tuvo que tomar unas bebidas muy amargas y desagradables.

Desde entonces prometió corregirse e imitar a su hermanita.

A ella también le gustan mucho los dulces y las frutas; pero aun cuando se encuentre sola delante del canasto, no las toca.

Se limita a contemplarlas, pensando:

— ¡Con qué gusto comería unas cuantas! Pero mamá me ha prohibido que las toque sin su permiso.

Es cierto; pero la madre le dará y, al darle las frutas, le hará también una caricia, porque es obediente y sabe *dominar la tentación*.

¡Muy bien, Elenita!

73. — Consejos, máximas, etc.

El plumero y la escoba, son dos grandes enemigos de la salud.

Donde no entra el sol entra el médico.

¿Quieres perder la salud?... Come conservas.

No duermas, ni en invierno, en habitaciones cerradas. Cúbrete bien; pero deja que entre aire durante la noche.

Cuida tus dientes.

74. — ¡ Viva, viva el campo!



Tema de composición oral o escrita

75. — Insectos y arañas.

¡Cuántos animales conocidos veo aquí!

Veo *mariposas*.

En este grabado se las ve de color blanco y negro, pero en realidad las hay de variados y hermosos colores. Hay muchas clases diferentes por su color, tamaño, forma de las alas, etcétera.

El cuerpo, formado por *anillos*, parece un *gusano*.

Y, en efecto, antes de echar las alas, fué como un *huevecillo*.

¡Quién hubiera dicho que ese huevecillo, ese gusano, que tal vez nos hubiese repugnado tocar, se transformó más tarde en la ligera mariposa de brillantes colores, que vuela de flor en flor huyendo del niño, que ansioso corre tras ella para aprisionarla!

La mariposa es un *insecto*.

Son también insectos las *moscas* y *mosquitos*, las *langostas*, los *gusanos de seda*, las *cigarras*, las *hormigas*, las *abejas* y hasta las *pícaras pulgas*, y otros bichos incómodos.



Unos insectos tienen dos alas, otros cuatro, otros ninguna; pero todos tienen *seis patas*.



Las *arañas* tienen *ocho patas*.

Me admira la habilidad con que las *arañas* tejen sus finísimas telas, verdaderas *redes*, en las cuales, caen prisioneras las moscas y otros bichos de que la *araña* se alimenta. Me admira también la constancia con que reha-

cen su tela cuando el viento demasiado fuerte, o algún chico travieso, la destruye.

Al verlos trabajar con tanta paciencia, me parece una mala acción matar a esos animalitos.

¿Y las *hormigas*? Yo sé que son perjudiciales cuando invaden por millares de millones los campos y destruyen las plantas; pero me

inspiran simpatía si pienso en la actividad y perseverancia de que son ejemplo y en la manera hábil y curiosa de construir sus nidos, de proteger sus provisiones y de comunicarse noticias.

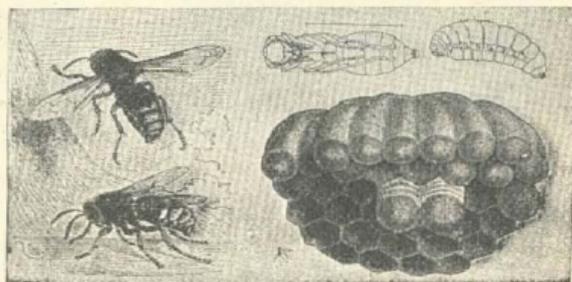
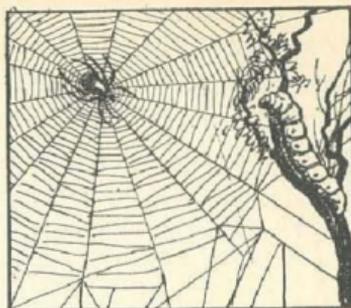
Y ese otro animalito, ¿qué es?

¡Ah!... lo conozco. ¡Buen susto me dió uno de ellos un día, clavándome su aguijón! Es una *abeja*. Quise robar la *miel* de su *panal* y recibí merecido castigo.

La *abeja* tiene *seis* patas como todos los insectos, y *cuatro* alas.

También ella vuela de flor en flor para *libar* el dulce *néctar* que en ellas se encuentra.

Después hará la *miel*, que tanto nos gusta.



Cuando la «señorita» nos explicó lo que es una *colmena* y cómo se dividen las tareas las abejas, me parecía mentira tan inteligente organización.

Si vosotros no lo sabéis, pedid a vuestros maestros que os expliquen lo que hacen las *reinas*, las *obreras* y los *zánganos*.

Yo quiero imitar a las obreras.

No quiero ser un zángano de la colmena humana.

76. — La patria.

Era un 25 de Mayo. El señor don Alejandro llamó por la mañana muy temprano a todos sus hijitos.



San Martín.

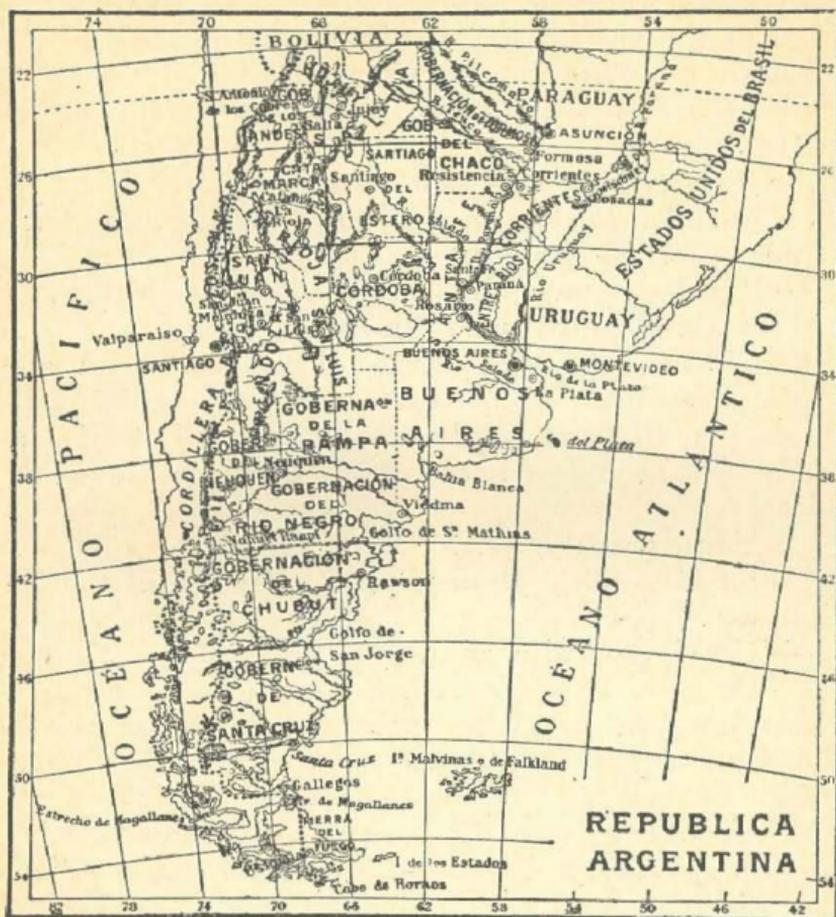


Belgrano.

Son cinco.

La mayor es Esther y tiene 9 años.

3



La Patria,

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Todos acudieron, incluso Delia, que tan sólo sabe decir algunas palabras.

— Venid conmigo — dijo el papá.

La mamá también estaba.

Llevó a todos al balcón y les hizo mirar hacia arriba.

Sobre sus cabezas *flameaban* dos banderas.

— Mirad a la derecha... Mirad a la izquierda...

¿Qué veis? — preguntó.

— Banderas en todas partes — contestaron.

— Y bien; entremos ahora.

Entraron. El papá cerró el balcón y en seguida los cinco niños formaron un semicírculo alrededor de sus padres. La mamá tenía a Delia de la mano; el papá daba la suya a César.

— Vamos a cantar...

— El Himno Nacional — dijo Esther interrumpiéndole.

— Es cierto, hija mía. ¿Cómo lo sabes?

— Porque ayer lo cantamos en la escuela y la maestra nos dijo que hoy deben cantarlo todos los argentinos, porque es el día de la patria.

— Vosotros no sabéis lo que esto quiere decir; porque sois muy niños — repuso don Alejandro, y agregó:

— ¡Oh! Si pudierais crecer en años y en inteligencia en este momento! Querría haceros sentir lo que significa esa palabra: ¡Patria! Querría explicaros por qué en todas partes

ondea la bandera nacional y por qué en la escuela se habla a los niños de San Martín, de Belgrano, de Moreno, de Rivadavia y de tantos otros patricios.

El padre calló un momento, y en seguida exclamó:



Moreno.



Rivadavia.

— Pero, decidme: ¿Me queréis a mí? ¿Queréis mucho a vuestra mamá?

Esther contestó:

— Muchísimo, papá.

Albanita no contestó nada; pero saltó al cuello de su mamá y después al del papá.

Los demás, como movidos por un resorte, hicieron lo mismo y, durante un momento, todos

estuvieron confundidos en un solo abrazo, alrededor del padre.

Cuando se desprendieron, la mamá tenía húmedos los ojos y el padre no podía hablar.

Poco después continuó don Alejandro :

— Y bien, hijos míos : la patria es más que el padre y la madre para sus hijos. Pero ya que no es posible que lo entendáis ahora, me basta que sintáis así, vagamente, que es algo tan grande, tan sagrado, tan digno de nuestro amor y respeto, que ella tiene derecho no sólo a que consagremos nuestro trabajo a su progreso, sino también a que sacrifiquemos nuestra vida, si fuese menester perderla en su defensa.

Cantemos, cantemos ahora, hijos míos, el Himno Nacional :

Oíd, mortales, el grito sagrado :
¡Libertad, Libertad, Libertad!

77. — Consejos, máximas, etc.

Una camelia, flor sin perfume, se encontró en un ramo de flores, junto a un clavel. Al poco tiempo adquirió el perfume de esta flor.

Siempre se gana cuando se está en buena compañía.

Gasta un poco menos de lo que ganes.

Nuestros padres son nuestros mejores amigos.

78. — ¡No sea flojo, amigo!

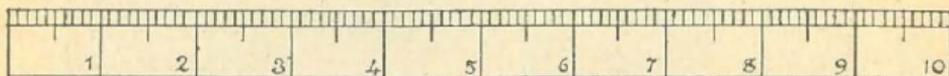


Tema de composición oral o escrita.

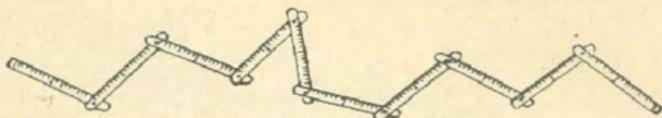
79. — Las medidas.

Las medidas principales son :

El *metro*, que sirve para medir las *longitudes* o las distancias.



Un *decímetro* (tamaño real).



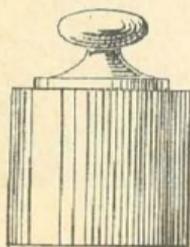
Un *metro* (1/10 del tamaño real).

El *kilogramo*, que sirve para medir el *peso* de las cosas.

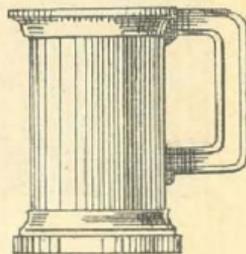
El *litro*, que sirve para medir los *líquidos* y los *granos*.

En un metro hay diez *decímetros* o cien *centímetros*.

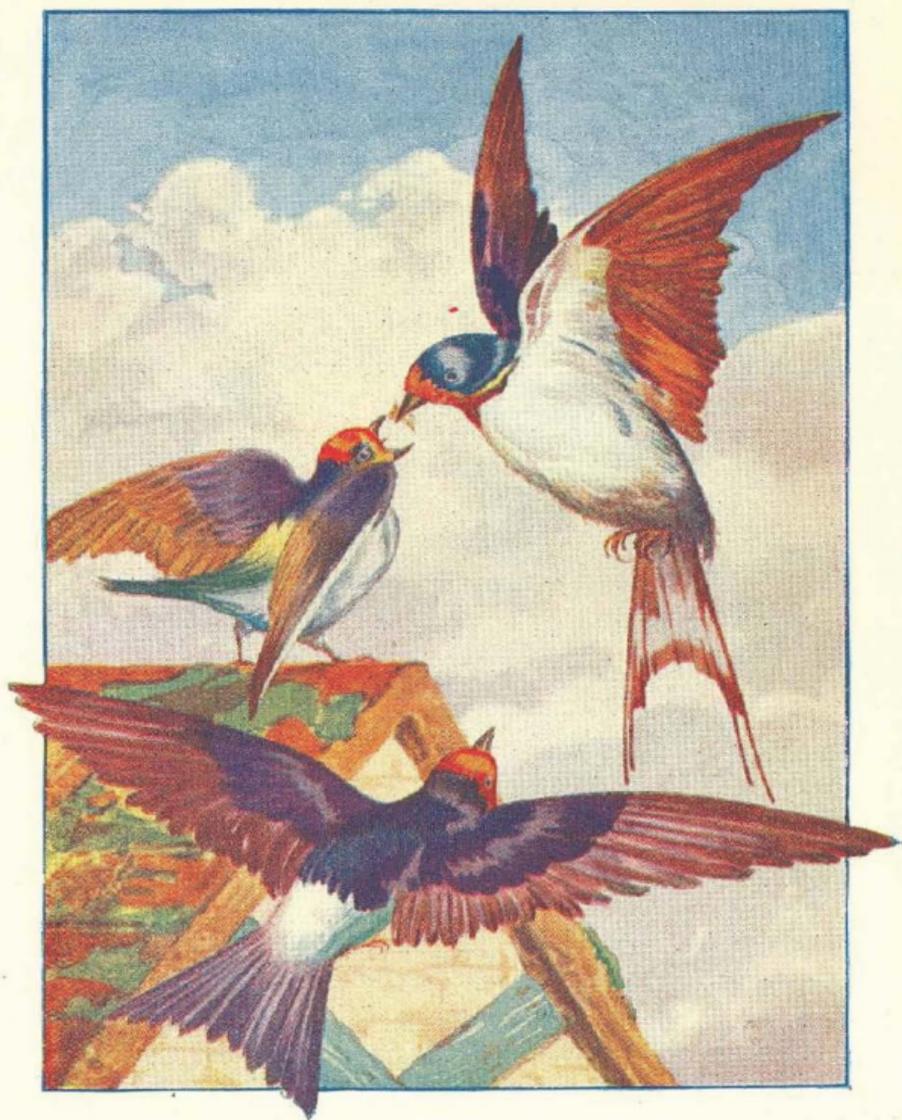
Para representar el valor de las cosas usamos la *moneda*.



Peso



Litro



80. — Descripción oral o escrita. — Composición.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Biblioteca Nacional de Maestros



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

81. — El gatito enfermo y el médico.

I.

— ¡Ay, madre mía, madre mía! ¡Qué enfermo está mi gatito!

¡Pobre *Mismis*!... Si no viene el médico, se me morirá, y ya no tendré con quien jugar.

¡Pronto, pronto! llamen al médico, a un médico bueno.

Así, decía Emilia, jugando a los entermos con su hermano Carlitos. Este, que estaba vistiéndose de médico en el otro cuarto, entró gravemente, golpeando las manos.

— ¡Adelante, doctor! ¡Qué suerte que ha venido usted en seguida!

Dígame, doctor, ¿qué tiene mi gatito?

El doctor, al ver la cara asustada de la respetable señora, se alarma un poco también y se olvida de quitarse el sombrero.

— Vamos a ver, señora: ¿Qué es lo que tiene su hijito? Es su hijito, ¿no?

— Sí, doctor... sí. Lo quiero como a un hijito.



Lo quiero más que a mi hijita, la muñeca que me regaló tía Leonor.

— ¡Bien, señora! ¡Tenga por un momento quieto a su hijito!... Así... A ver *el pulso*.

El doctor toma con la mano derecha el pulso del enfermo, mientras que en la izquierda tiene el *cronómetro*, reloj que marca exactamente las horas.

Después de un rato, dice:

— No hay que asustarse. Tiene muy poca fiebre. A ver la lengua.

Bueno... sí... la lengua está algo sucia.

Parece que su hijito tiene una ligera indigestión.

Ha comido mucho, ¿no?

— Sí, doctor. Es un poco glotón y se atracó de queso y manteca.

— ¡Ah! Esos son alimentos un poco pesados. No debe abusarse de ellos.

Voy a recetarle un purgantito, y mañana o pasado se pondrá bueno. Que se vaya a la cama y que no tome más que alimentos líquidos: leche, te con leche o caldo.

— ¡Gracias, doctor, gracias! ¡No se imagina usted el peso que se me quita de encima! ¡Qué susto tenía!

— Todas las madres son lo mismo, señora.

— Y dígame, doctor: ¿qué debo hacer después para que *Mismís* se ponga fuerte, no se enferme y pueda cazar muchos ratones?

— Mire, señora, otro día le contestaré, por-

que ahora *estoy de prisa*. Tengo otros enfermos que me esperan. ¡Adiós, señora!

— Que le vaya a Vd. bien, doctor, y ¡muchísimas gracias!

El doctor, después de haberse quitado y echado al bolsillo los anteojos, se retiró.

II. — LO QUE DEBIÓ CONTESTAR EL DOCTOR

Carlitos no contestó a la última pregunta de Emilia, porque se le había acabado su ciencia.

Pero he aquí algunos de los consejos que hubiera podido darle :

Comer con moderación alimentos sanos y que no sean de difícil digestión.

No usar más bebida que el agua fresca y pura.

No estudiar después de comer.

No dormir con exceso, ni muy poco; de ocho a diez horas. Acostarse y levantarse temprano.

No dormir nunca en cuartos completamente cerrados; dejar siempre alguna abertura por la cual entre aire puro, tanto en verano como en invierno, sacando uno o dos de los vidrios altos de las puertas, si no se las quiere dejar entreabiertas.

Esto es muy importante.

Cada día, y desde temprano, ventilar las habitaciones durante horas, el mayor tiempo posible. Dejar que el sol penetre en ellas.

Y yo hubiese dado, además, otro consejo principal. Le habría dicho :

— *Habitúe usted a sus chicos a no besar y a no dejarse besar por nadie.*

Ésa es una mala costumbre de nuestro pueblo. Muchas enfermedades, de las más graves, que a veces uno mismo no sabe que las tiene, se transmiten de una persona a otra con sólo darse un beso, especialmente si se da en la boca.

El que siga estos consejos y recomiende lo mismo a sus parientes y amigos, hará una obra buena, cuyas excelentes consecuencias pocos se imaginan.

Yo no me cansaría de repetir esto a todo el mundo.

¡Ojalá los niños lo supieran y lo repitiesen en todas partes!

Y si yo tuviese autoridad de padre sobre todos ellos, les prohibiría terminantemente que se dejaran besar, aunque se resintieran al principio los parientes y amigos.

82. — Consejos, máximas, etc.

No son los más ricos ni los mejor vestidos los que se atraen la consideración y el aprecio de los demás, sino los bien educados, aunque sean modestos, que observan buena conducta, maneras convenientes y son aseados.

El que mucho abarca, poco aprieta.

La ociosidad es madre de todos los vicios.

83. — Ayudaos los unos a los otros.

LA HORMIGA (*)

Una hormiguita anda de acá para allá buscando fortuna.

Encuentra en su camino un grano de avena. Quiere llevárselo. ¿Cómo hacer?... ¡Es tan grande el grano y ella tan débil!...

Entonces trepa sobre un *guijarro* y desde arriba, como si estuviese sobre alta torre, contempla la campaña.

Por fin *divisa* dos de sus compañeras y va hacia ellas. Refriega su nariz contra la nariz de las otras, para decirles:

— *Venid, venid conmigo. Allí hay algo muy bueno.*

Las tres hormigas se precipitan sobre el grano de avena y se apoderan de él.

Lo que una sola no pudo hacer, las tres unidas lo realizan sin mayor esfuerzo. Y allá van, llevando en triunfo la carga, que les resulta liviana.

84. — Consejos, máximas, etc.

Respetemos desde chicos las reglas de la casa y de la escuela. Más tarde respetaremos también las leyes del país y seremos buenos ciudadanos.

(*) De *Cuyau*.

85. — ¿Quiere componerlo?



86. — Las ocupaciones de Zunilda y Agustín.

Zunilda tiene seis años. Agustín ha cumplido siete.

Ninguno de los dos va a la escuela. Sus padres dicen que no es tiempo de mandarlos todavía.

¿Creéis por esto a los dos hermanitos más atrasados que los niños que van a la escuela?

¡Oh, no! Miradlos.

Ellos tienen libros de figuras en los que están pintados los animales más conocidos, escenas bonitas en colores, y muchas cosas sobre las cuales conversan con su mamá o su papá.

Éstos les refieren cuentos y les explican muchas de las cosas que encontráis en este mismo libro y en otros parecidos. Pero cosas siempre sencillas.

Les hacen copiar, con lápiz, *los contornos* de los objetos; dibujar del natural, cosas no difíciles; distinguir colores; construir con palitos, con



arena, con papeles, algunas figuras y combinaciones bonitas.

Pero todo eso lo hacen jugando y solos, o dirigidos por la mamá y el papá, cuando éstos tienen momentos libres para enseñarles un poco.

Y siempre tienen momentos libres.

Es nuestro deber tenerlos — decía ayer el papá, — *porque nada es más obligatorio que atender a la educación de nuestros hijos.*

Los dos hermanos tienen un jueguito de cocina con el que preparan comidas. Así aprenden, jugando, los nombres de muchas cosas que también se enseñan en la escuela.

Se les oye decir con toda seriedad, cuando juegan :

— *Dame la sartén, Agustín... Retira pronto la parrilla de sobre las brasas... Alcánzame la espumadera.*

— *¿Sabes, Zunilda, que es necesario mandar estañar esta cacerola de cobre?*

Después van a la mesa.

Tienen también un juego diminuto de comedor, con platos *soperos*, *llanos* y *de postre*, *fuentes*, *tazas grandes*, *pocillos*, *vasos*, *copas*, *tenedores*, *cucharas*, *cuchillos*, etc.

Ellos tienden cuidadosamente el *mantel*, que suele ser un diario; otras veces es una carpeta de colores. Y ponen la mesa.

Cuando tienen invitados, hace gracia oírles las frases de *cortesía*, los *cumplimientos* que se dirigen.

Suelen venir Zaida, Angélica, Noemí y Eustelia. A veces comen también con ellos Celestino y Fernando.

Unos desempeñan el papel de personas mayores, otros son señoritas y niños.

Y se dan el tratamiento correspondiente, con toda gravedad:

— *Tome asiento aquí, señora, a mi derecha. A usted le corresponde a mi izquierda, señor don Celestino. Usted, Noemí, al lado de Agustín.*

En seguida se sirve.

Es casi siempre el mismo *menú*, es decir, trozos de pan y bizcocho y un poco de agua pura.

A veces tienen naranjas u otras frutas. Presentan el pan o el bizcocho con distintos nombres y así comen muchos platos.

De pronto, Zunilda exclama:

— *Fernando, no te lleves el cuchillo a la boca... ¡Toma el tenedor un poco más arriba!... ¡Qué chico éste!... Discúlpelo ustedes.*

Fernando inclina la cabeza como si se avergonzara.

Sigue la conversación de los demás.

— *¿Quiere usted tener la bondad de pasarme el salero, Noemí?*

— *Con mucho gusto, Agustín. Sírvase usted.*

Agustín estira el brazo y vuelca un vaso.

— ¡Ah! ¡Qué torpeza! — exclama.

— ¡Qué ocurrencia, Agustín! Eso no es torpeza.
A cualquiera le sucede alguna vez.

Y así continúan durante toda la comida.



Al terminar, la que hace de dueña de casa suele preguntar :

— ¿Un poquito de café para los niños?

— ¡Ah! ¡No, señora! — contesta otra. — Ya sabe usted que los niños no deben tomar café, ni vino.

— Tiene usted razón.

— Pasaremos un momento a la sala. ¿Y usted, señora, tocará el piano?

- *Estoy muy olvidada. Ya no sé tocar.*
— *Sí, mamá; toque el « Vals de las olas ».*
— *Cállate, hijo. ¡Si hasta los organitos de la calle lo tocan!*
— *Pero ¡es tan lindo!*
-

87. — Una carta de Adelita a su papa.

El otro día entré en clase a la hora de composición.

Los niños debían de redactar una carta.

— Escribanla de veras, dirigida a algún pariente o amigo — dijo la maestra.

— Yo voy a escribir entonces a mi papá, que ha ido a Tucumán — dijo Adelita.

— Bien pensado — contestó la maestra.

Adelita escribió un momento, pero de pronto dijo:

— Yo no sé qué más decir. No se me ocurre nada.

— Lee — ordenó la señorita.

Adelita leyó:

Mi querido papá:

Tomo la pluma para decirte que te quiero mucho y que estoy buena, y termino aquí porque no sé qué más decirte.

— ¡Oh! — exclamó la maestra. — Eso es muy poco. ¿No tienes nada que contar a tu papá?...

Además no digas : « *Tomo la pluma* ». Eso sobra. Hay también muchos que. Veamos, escribe de nuevo.

Adelita obedeció y puso :

« Te escribo para decirte que te quiero mucho y que estoy buena. Todos los días voy a la escuela temprano y sé mis lecciones. La última semana fui la tercera de la clase. Te hago saber que tío Juan estuvo enfermo, pero ya se levantó de la cama. Adiós, papá. »

— No está mal ; pero podría ser más interesante tu cartita y más agradable a tu papá. Además, es probable que tu mamá ya le haya escrito respecto de la enfermedad de tu tío. Vamos a ver. ¿Te acuerdas mucho de tu papá? ¿Cuándo te acuerdas más de él? ¿Desearías que volviese pronto? ¿Por qué? ¿No puedes prometerle alguna cosa que le alegre? Háblale de todo eso, ¡ vamos !

Adelita rehizo la carta, la cual quedó por fin redactada de la siguiente manera, después de algunas indicaciones de la maestra :

Buenos Aires, 6 de abril de 1923

Sr. D. Pablo Hernández.

Tucumán.

Mi querido papá :

No pudiendo verte, quiero decirte por escrito que desde que te fuiste extraño mucho

tu ausencia. Y no sólo yo. También te echan de menos Angélita, Carlos, Noemí y mamá; todos, en fin, especialmente a la hora de las comidas, por la tarde y por la noche, pues estábamos acostumbrados a conversar y jugar contigo en esos momentos.

¿Cuándo vendrá papá? pensamos a cada rato.

El nenuto también se acuerda, porque muchas veces en el día, dice: ¡Papá! ¡papá! y señala con el dedito hacia la puerta.

Yo también pienso en ti cuando estoy en la escuela y no me olvido de tus consejos. Soy siempre obediente y hago bien los deberes y digo siempre la verdad. Esta semana fui la tercera de la clase.

¿Te gusta?

Te prometo trabajar para ser la primera o siquiera la segunda.

Vuelve pronto, papá; tenemos muchos deseos de verte, porque te queremos mucho.

Y que tengas buen viaje de regreso.

Adiós, querido papá: te mando un abrazo fuerte, fuerte.

ADELITA.

— Ahora escribe el sobre, dobla la carta y ponla dentro — dijo la maestra.

Adelita escribió el sobre con letra clara, poniendo en el orden correspondiente el nombre y la dirección.

— Muéstrasela a tu mamá y, si ella te da permiso, pones la estampilla aquí, en este rincón del sobre, a la derecha y arriba, donde pongo esta señal.

— Sí, señorita. ¡Muchas gracias! ¡Qué contento va a estar papá cuando la reciba!

88. — Sed perseverantes.

I.

Roque es un niño obediente y de buena conducta.

Le gusta saber contestar cuando le preguntan, y hacer bien sus trabajos. Pero tiene un defecto que suele echar a perder sus buenas cualidades: se desanima ante la primera dificultad un poco seria que encuentra.

Si tiene que resolver un problema en clase y no halla pronto la solución, pone a un lado la pizarrá o el cuaderno y se echa a llorar.

Igual conducta observa si no le sale bien el dibujo que le mandan hacer.

En la clase de trabajo manual, cuando hace un corte mayor que lo necesario e inutiliza el objeto empezado, no quiere comenzarlo de nuevo.

— ¡Es inútil! — exclama. — *¡No puedo! ¡No puedo! ¡No sé hacerlo!...* y se abandona afligido.

Como el maestro sabe que no procede así por pereza, no lo castiga severamente. Lo llama

aparte, lo aconseja, le dice que sea más paciente y perseverante.

— *Si te sale mal la primera vez, no te disgustes. Ten paciencia y empieza de nuevo. Poco a poco aprenderás.*

— *Pero es que yo soy rudo, señor.*

— *No, hijo mío, no eres rudo. A todos nos puede suceder lo mismo. Hay unas cosas que nos cuestan más que otras. Pero, por eso mismo, mayor es nuestro mérito si las hacemos, y más grande nuestra satisfacción.*

Fíjate en Rafael. ¿Te acuerdas qué torpe era en caligrafía? ¿Te acuerdas que, en vez de letras, hacía ganchos? Tú te has reído algunas veces de sus garabatos.

Pero Rafael decía siempre:

¡No importa! ¡Me han de salir bien!

Y miraba la muestra con atención. Escribía despacito dos o tres renglones hoy, dos o tres mañana. Observaba cómo procedían los demás y procuraba imitarlos.

Rafael es, en efecto, así. Ahora escribe bien, con facilidad, y se empeña en escribir mejor. Se ha propuesto escribir todos los días un renglón bien hecho, en su casa.

Lo hace y se lo lleva al maestro para que lo vea.

Estoy seguro de que a fin de año será de los primeros; y era el último al comenzar las clases.

El recuerdo de Rafael hizo efecto a Roque

y, durante dos o tres días, trabajó con mayor empeño que antes.

Ayer, durante la lección de geografía, volvió a llorar disgustado porque no le salía bien el *plano de la clase*.

— *Sí, soy muy rudo, muy rudo* — decía.

— *No eres rudo, eres impaciente*, — contestóle otra vez el maestro, acariciándole la cabeza.

Poco después, terminada la lección de geografía, el maestro refirió una historia que había leído en un libro, cuando era estudiante.

II. — LO QUE CONTÓ EL MAESTRO

Se trataba de un niño, hijo de un honrado agricultor. Se llamaba Felipe.

Iba por la mañana a la escuela, y por la tarde, después de jugar un poco con sus hermanos menores, ayudaba a su padre a trabajar.

Como era obediente y cariñoso, desempeñaba con gusto las tareas que el padre le encomendaba : sacar agua del pozo, regar las plantas, desenterrar papas, recoger las legumbres, llevar *forraje* a la yunta de bueyes, darles agua, arrancar los *bichos de cesto* de las plantas, etc.

En la huerta existía un *montículo* de tierra, sobre el cual había estado colocada una *glorieta*, muy vieja ya, que el padre acababa de desarmar del todo.

— Felipe, ¿ves ese montículo? Necesito que lo hagas desaparecer pronto, de modo que el terreno quede todo parejo.

Ahí tienes *pico y pala*.

Dicho esto, el padre se alejó, yendo a trabajar a varias cuadras de distancia, en un lugar de la *chacra* cuya tierra necesitaba *arar* y preparar para *sembrar* en ella.

Al retirarse, no se había fijado en la cara de asombro que puso Felipe al recibir la orden.

Éste se quedó parado mirando, ya el montículo, ya a su padre, que se alejaba tarareando su canto favorito.

— Pero ¡yo no puedo hacer esto! — exclamó de pronto como hablando consigo mismo. — ¡No acabaré nunca!

Y sentándose al borde del montículo, puso la cabeza entre las manos y se quedó pensativo.

Varias veces se levantó, tomó el pico, volvió a dejarlo y se sentó de nuevo. Por fin concluyó por acostarse en el terreno y se quedó dormido.

Dos horas después regresó su padre. Sorprendido por la conducta de su hijo, lo reprendió.

— Pero, papá, ¡este trabajo es muy pesado para mí! Yo no lo acabaré nunca.

Lo dijo con un aire de tal sinceridad, que el padre desarrugó el entrecejo y, dulcificando la voz, contestó:

— Bueno, déjalo por hoy.

Al día siguiente, antes de ponerse en marcha para la chacra, llamó otra vez a Felipe.

— Y bien — dijo — espero que hoy harás el trabajo que no hiciste ayer. No te desanimes. Tú puedes hacerlo y lo harás. ¡Hasta luego!

Y se fué.

Felipe tomó el pico y dió algunos golpes en los bordes del montículo, que encontró un poco duros. No tardó en dejar el instrumento y volvió a sentarse.

En su cara se marcó profundo disgusto.

No se durmió esta vez, pero tampoco reanudó el trabajo comenzado.

Su padre regresó ese día más temprano que de costumbre y se mostró muy asombrado al encontrar el terreno casi intacto.

Iba a hablar, enojado sin duda, al acercarse a Felipe; pero éste estalló repentinamente en llanto, exclamando:

— ¡No puedo, papá!... Yo quiero hacerlo, pero no puedo.

Dame otro quehacer, papá... Ocúpame en cualquier otra cosa, aunque me des más trabajo que otros días.

El padre lo miró un momento en silencio y por fin dijo, señalando una pequeña parte de montículo:

— Hoy desmontarás este trocito, nada más.

— ¡Oh! si no es más que eso, lo haré. No me costará mucho.

Y al hablar así, los ojos, todavía con lágrimas, le brillaron de alegría.

El padre se fué y el hijo se puso a la obra. Media hora después estuvo terminada y, no pudiendo contenerse, fué contento corriendo en busca del padre para decírselo.

— Y bien, hijo mío — contestó aquél — mañana desmontarás otra pequeña porción.

Felipe lo hizo así, siendo mayor el trabajo que realizaba cada día, hasta que el montículo desapareció por completo.

Esto enseña — dijo el maestro al terminar la historia — que nunca el hombre debe desesperarse hasta afirmar que una cosa es imposible. Un pequeño esfuerzo cada día, y no habrá obra, por difícil que nos parezca, que no pueda terminarse.

El que persevera, triunfa.

89. — Consejos, máximas, etc.

Amáos los unos a los otros.

Haced a los demás lo que quisierais que con vosotros sehiciese.

El que menosprecia a los pobres, merece vivir en la miseria.

90. — ¡Esto no tiene compostura!



Descripción oral o escrita. — Composición.

(Hágase hablar a los personajes.)



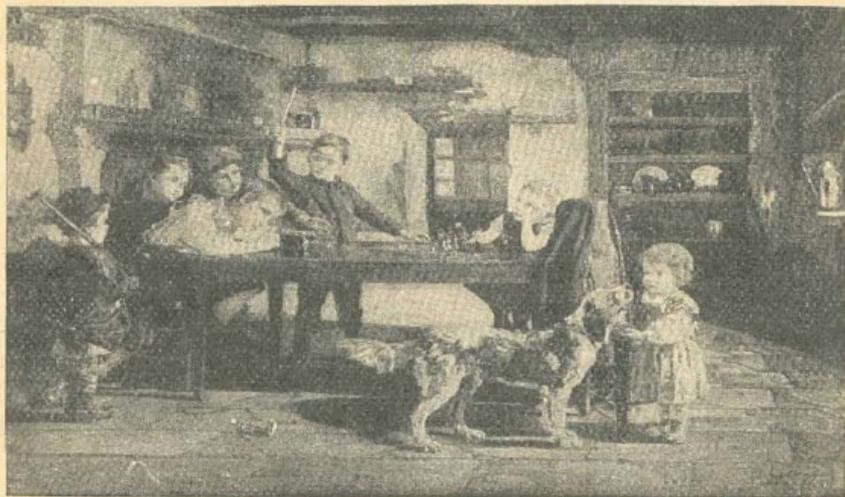
Descripción oral o escrita. — Composición.
(Hágase hablar a los personajes).

92. — Un futuro artillero.

Aníbal dice que quiere ser militar.

Su abuelito ha sido guerrero de la Independencia.

Estuvo en muchos combates y fué herido varias veces.



Por salvar la bandera del regimiento, recibió un casco de granada en una pierna y tuvieron que cortársela.

Desde entonces anduvo con muletas.

Pero tenía el pecho cubierto de medallas, ganadas todas con peligro de su vida.

Cuando cruzaba las calles de la ciudad, viejo ya, apoyándose en sus muletas, todos, al verlo, se descubrían con respeto y se oía decir :

¡Es un guerrero de la Independencia! ¡Ha peleado y expuesto su vida por la patria!

Y él contestaba a los saludos inclinando la cabeza.

Su alegría era mucho mayor cuando los que lo saludaban, quitándose los gorritos y sombreros, eran niños.

Ha muerto hace poco.

Aníbal lloró mucho la pérdida de su abuelito, que siempre le contaba hechos de guerra y después le enseñaba a hacer la venia y a dar voces de mando.

Aníbal dice ahora que, cuando sea grande, imitará a su abuelito.

Por eso le gusta jugar a los soldados.

Tiene un cañoncito y soldaditos de plomo.

Pone en fila los soldaditos sobre la mesa, y al frente se coloca él con su cañoncito, cargado con garbanzos o bolitas hechas con migas de pan.

Uno de sus hermanos da las voces de mando:

— *¡Apunten!... ¡Fuego!*

¡Pum!... sale el tiro y cae un soldado. A veces el soldadito, al caer, choca contra alguno de los otros y lo derriba. Entonces se oye decir:

— *¡Bravo! ¡Medio batallón al suelo! ¡Hemos ganado la batalla!*

Sus hermanitos se entusiasman también y asisten a la pelea, esperando que les toque su turno para apuntar y disparar el cañonazo.

Sólo el más chiquito prefiere divertirse con su perro.

Pero él también suele jugar a los soldados marchando en fila con los demás, por el patio, marcando el paso con un palo, una escoba o un plumero al hombro, como fusil. Cuando todos gritan: *¡Viva la patria!* él también repite *¡Vivaaa!*

Papá dice que debe defenderse la patria y hasta morir por ella; pero que mejor sería evitar las guerras.

93. — Jugando a las visitas.

I.

Es día de fiesta.

En casa de Matilde, Mercedes y Clementina están reunidos varios chicos, parientes todos, que han ido llegando sucesivamente.

Después de haber jugado al volante, a las esquinitas y a la gallina ciega, dijo Mercedes:

— *Juguemos a las visitas.*

Tres de ellas, con uno de los varoncitos, se retiraron.

Eran los que debían llegar, encontrando a otras personas que habían llegado antes. Era *día de recibo.*

— Parece que han golpeado — dice María. Y en seguida, levantando la voz, como llamando a la mucama, grita; — ¡Ruperta, golpean! Ve a ver quién es. ¿Si serán las de Martínez?

— Si, ellas deben de ser — dice Clementina, — porque el martes las encontré en casa de las de Gómez y me dijeron que hoy vendrían.

— Ellas son. Ahí vienen.

La que hace de dueña de casa se levanta y les sale al encuentro.

— ¡Adelante! ¡Adelante! ¿Cómo están ustedes? ¿Cómo le va, misia Leonor?

Se acercan, y algunas sólo se saludan con una inclinación de cabeza.

— ¿No se conocen ustedes?... Permítanme que las presente :

La señora y señorita de González.

La señora y señorita de Martínez. El señor Martínez...

— Y este niño, ¿quién es?

— Es uno de mis hijitos, servidor de ustedes. Y ¿qué nos cuentan ustedes? ¿Por qué han estado tan perdidas? ¡No se acuerdan de nosotras!

— ¡Cómo no nos hemos de acordar! Pero le aseguro a usted que no nos ha sido posible salir de casa. Hemos tenido a la nena muy enferma. ¡Buen susto nos ha dado!

— ¿Sí?... ¿qué ha tenido?

— Tuvo *viruelas* y como no estaba *vacunada*...

— ¡Ay, Dios mío! ¡Qué descuido!

— Es que lo fuimos dejando de un día para otro. ¡Mañana!... ¡Mañana!... — decíamos —

y así se fué pasando el tiempo. Pero les aseguro que estamos arrepentidos. Por fortuna, fueron viruelas de las que llamamos *locas*.



— Pues también nosotras tuvimos enfermo a *Nené* (así llaman a *Enriquito*). Tuvo *tos convulsiva* y de la mala. Por desgracia se le complicó con... ¿con qué fué, *Angélica*?

— No recuerdo en este momento cómo dijo el médico, pero era algo a los *pulmones* y al *corazón*.

— ¡Caramba!

— Además, como es tan contagiosa la *tos*

ferina y muchas de nuestras relaciones tienen niños chicos, no quisimos ir a visitarlas. Por eso tampoco visitamos a usted.

— Les agradecemos la atención.

— No fué una atención. Creo que era nuestro *deber* evitarles el peligro.

— Y ¿qué habrán dicho ustedes de nosotras?

— ¿Por qué, señora?

— Porque ni siquiera hemos mandado preguntar cómo seguía.

— ¡Qué ocurrencia, misia Leonor! Ya sabe usted que nosotras no andamos con *etiquetas*.

— Sí... pero...

— No hay que hablar más de eso.

II.

Cambiaron de conversación.

— ¿Qué me dicen ustedes de lo que ha sucedido a doña Filómena? Está lo más enojada con la directora de la escuela.

— ¿Sí...? ¿por qué?

— Porque ha expulsado a su hijo Arturo. Dicen que el otro día estaban jugando al salto. Arturo, a quien le había tocado ponerse para que saltaran sobre él, se salió de pronto en el momento en que otro niño iba a ponerle las manos encima. El niño cayó, lastimándose la boca y dislocándose la muñeca.

La maestra le castigó y le reprendió muy severamente, y entonces Arturo contestó de mala

manera, sosteniendo que había hecho bien porque el otro no le había dejado copiar un deber de aritmética.

— ¡Qué vergüenza para doña Filomena! Pero ella dice que es una injusticia; que ia maestra le ha expulsado a su hijo porque le odia.

— Yo no lo creo. Eso dicen siempre los castigados, y nosotras las madres, les creemos en seguida, porque son nuestros hijos.

— Sí, pero ¡despedirlo!...

— Es duro el castigo, tiene usted razón; pero la falta ha sido grave seguramente.

Así, para entre nosotras, digamos la verdad. Ese niño es muy mal criado, y ¡quién sabe qué insolencia le habrá contestado! La culpa es de los padres que lo educan mal. Dígame francamente, misia Leonor: ¿le gustaría a usted que su hijo estuviera en la escuela junto a un chico que le diera malos ejemplos?

— Claro que no... pero...



— No, misia Leonor : seamos justos y agradezcamos a los maestros que no quieren dejar naranjas *picadas* en el cesto, para que no se piquen las demás, como dice mi abuelita.

La que pronunció este discursito fué Matilde, la mayorcita de todas y que está en 4^o grado.

Al hablar así imitaba lo que a menudo oía decir a sus padres, que son personas muy sensatas.

Terminaron las *visitas* con saludos ceremoniosos, y al despedirse, dijo *Marucha* :

— ¡No se pierdan, eh! ¡Vuelvan pronto!

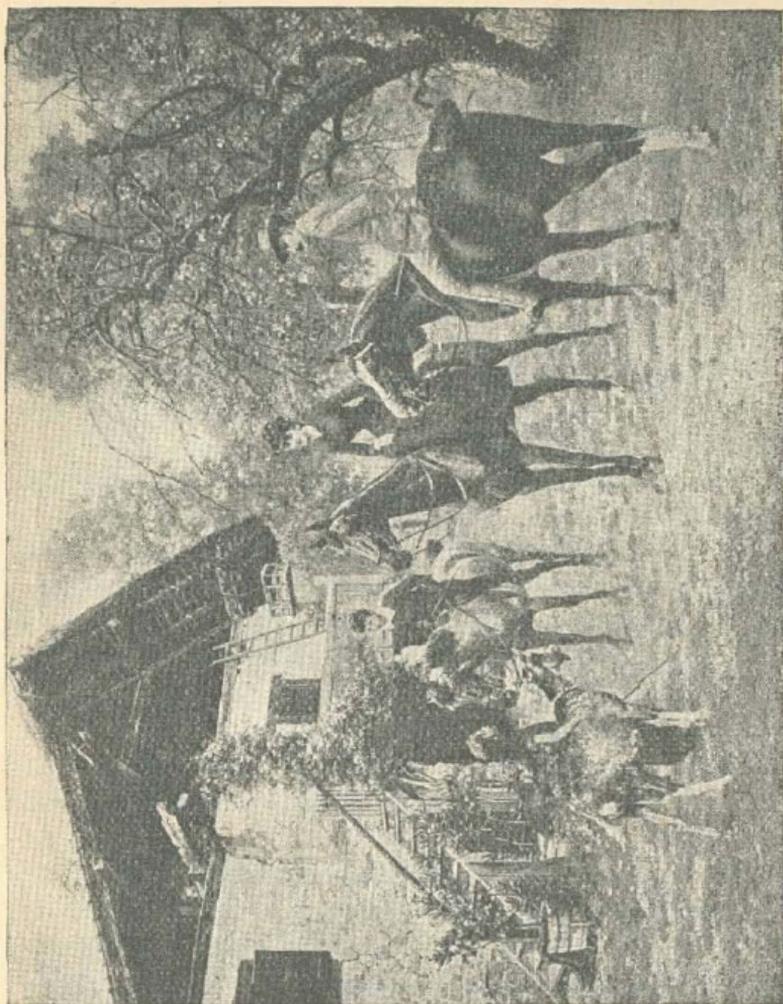
94. — Margarita y Rosalía.

¿Quiénes son los aristocráticos visitantes que acaban de pararse delante de la rústica casita?

Pertenecen a una familia rica de la ciudad. Han venido a *veranear* a la hermosa casa quinta que *poseen* en el campo.

Los tres *jinetes* son hermanos.

Esta mañana salieron de paseo en magníficos caballos y vinieron a pasar por delante del rancho en que viven unos modestos agricultores. Al encontrarse con la niña de la cabrita, han detenido la marcha para hablar con ella. Parece que quien le dirige la palabra es la seño-



Margarita y Rosalia.

rita; sus dos hermanos atienden con interés la conversación.

¡Qué expresión tan cariñosa tienen sus semblantes!

Me parece adivinar parte del diálogo.

— ¿Cómo te llamas, hijita? — debe haber dicho la recién llegada.

— Me llamo Margarita.

— ¡Qué nombre tan bonito!... Y ¿por qué estás tan sola?

— No estoy sola. Juego con mi cabrita. Mamá está adentro cocinando, porque pronto llegarán papá y mis tres hermanos que están ahora trabajando la tierra.

— ¿Y no te cansas de jugar todo el día con la cabra?

— Yo no juego todo el día con ella. Por la mañana ayudo a mi mamá a hacer la limpieza de los cuartos, porque dice que por lo mismo que éstos son pobres hay que tenerlos bien limpios. Arreglo las jaulas de los pájaros, doy comida a las aves y les abro el gallinero para que corran un poco por el campo durante el día. De noche las junto otra vez y las vuelvo a casa.

— ¿Y te obedecen? ¿No se escapan?

— No, señorita. No se escapan. Ya están acostumbradas. Y además no me tienen miedo porque yo las trato muy bien. También les pongo agua limpia todos los días.

Del otro lado de la casa tenemos un jardincito,

y yo soy la que riego las plantas. También lavo los platos y limpio los cubiertos.

— Muy bien, Margarita. Eres una niña trabajadora. Pero ¿cuándo vas a la escuela?

— Aquí no hay escuela, señorita. Por eso papá se queja siempre, y dice que le gustaría estar más cerca del pueblo; pero yo aprendo a leer y a escribir.

— ¿Sí?... ¿Y quién te enseña?

— Me enseña mi hermano Luis, que estuvo dos años en el pueblo y allí aprendió. Por la noche nos da la lección a mí y a Pepito. Carlos ya sabe leer.

Al oír la conversación, salió la madre de Margarita, saludó a los tres paseantes y les invitó a bajarse para tomar un vaso de leche, que aceptaron agradecidos.

Cuando aquéllos quisieron retirarse, Margarita corrió al jardín, hizo rápidamente un ramo y, entregándolo a la señorita, le dijo:

— Tome y vuelva otro día, ¡eh! Pero ¿quiere usted decirme ahora cómo se llama?

— Me llamo Rosalía.

— Bueno, ¡adiós, señorita Rosalía! ¡Adiós, señores!

Pocos días después y más o menos a la misma hora, Margarita, que estaba en la cocina con su mamá, oyó que un carruaje se detenía junto a la casa y, al mismo tiempo, una voz que le pareció conocida y que gritaba:

— ¡Margarita! ¡Margarita!

Ésta salió corriendo y se encontró con Rosalía y su hermano menor, el que la primera vez había venido montado en un *petizo*.

Ambos bajaron del coche; Rosalía besó a su amiguita y tomando en seguida dos paquetes que traía, se los entregó sonriendo.

— Ábrelos — dijo.

Margarita los abrió; pero abrió mucho más los ojos, que le bailaban de alegría, al encontrarse con una hermosa muñeca y un libro bien encuadernado y lleno de figuras.

— ¿Para mí? ¿para que me quede con ella? — dijo otra vez mostrando la muñeca.

— Sí, para ti, y el libro también.

Margarita y la madre, que había acudido, no encontraron palabras para agradecer tan inesperado regalo, y Rosalía, sin darles tiempo para nada, abrazó a Margarita, subió al carruaje con su hermano y partió dejando a la madre y a la hija sorprendidas.

— ¡Hasta pronto! ¡hasta pronto! — gritaba Rosalía al alejarse. — Volveré en busca de otro ramito de flores. Adiós, Margarita.

Y le tiró un beso con la mano.



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

JUAN MANUEL ESTOLIN
1957 FEB 20



Escudo de la República Argentina

en la forma sancionada por la Asamblea General, Constituyente de 1813.

95. — Los niños y la patria.

El otro día, después de una lección en la cual el maestro habló de la patria y de la manera de servirla, Adolfo exclamó:

— ¡Yo quisiera ser hombre y militar como mi padre, para poder servir ya a la patria!

El maestro, que oyó, dijo:

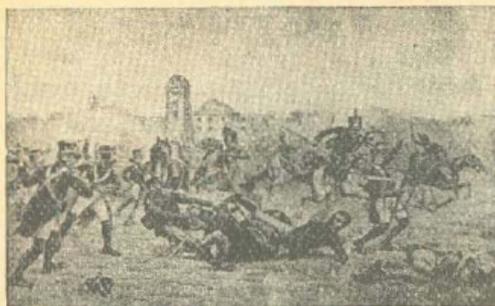
— Tú, Adolfo, y vosotros todos podéis servir desde ahora mismo a la patria. Ya la estáis sirviendo, bien o mal, ya sois buenos o malos ciudadanos, según es vuestra conducta.

Los niños lo miraron un poco extrañados, y él continuó:

— Sí, hijos míos: servir a la patria es trabajar para que ella sea grande, rica y civilizada. Y un país es grande cuando los ciudadanos son trabajadores y honrados, cuando cumplen sus deberes cívicos, cuando respetan las leyes, cuando se respetan y ayudan los unos a los otros, cuando todos aprenden a leer y a escribir y tienen una profesión o un oficio para contribuir, cada uno en su esfera, al progreso y al bien de todos y al bien propio.

Sirven a la patria tanto los soldados del tiempo de guerra, como los soldados de tiempo de paz; es decir, todos los que trabajan.

Desde el agricultor y el obrero más modesto hasta el gran industrial, el fabricante, el inventor de máquinas; y desde el Presidente de la República hasta el empleado más humilde, que atiende



Un servidor de la patria (Cabral).

con honradez sus obligaciones; todos, todos ellos contribuyen a la felicidad del país y a su progreso, todos sirven eficazmente a la patria.

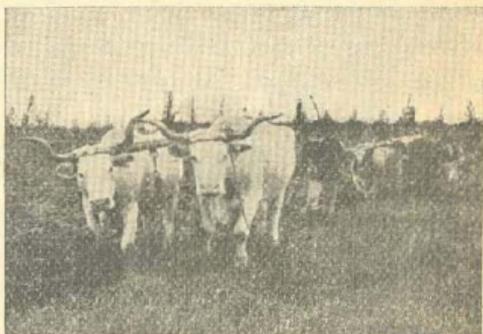
El maestro explicó cómo era

cierto lo que acababa de afirmar y agregó:

— Y vosotros, hijos míos, que formáis parte de la patria, podéis servirla, *debéis* servirla desde ahora, preparándoos para ser mañana buenos ciudadanos, honrados, ilustrados, trabajadores.

Si sois hijos obedientes y alumnos disciplinados, respetaréis mañana las leyes de nuestro país; si sois activos y laboriosos ahora, si sois perseverantes, si cumplís hoy vuestros deberes, tendréis los hábitos que la patria os exigirá mañana como primera condición para servirla.

Si odiáis la mentira ahora que sois chicos, no podréis men-



Otro servidor de la patria.

tir ni engañar a nadie mañana; y eso solo, eso solo, os retraerá de muchos descuidos de muchas faltas, y os impulsará a ser buenos.

Si estudiáis, os pondréis en condiciones de ganáros mejor y más honradamente la vida; trabajaréis con éxito, porque trabajaréis con inteligencia y constancia.

El maestro, que se había levantado de su asiento para venir a pararse junto a los bancos de la primera fila, concluyó diciendo, con voz vibrante de emoción:

— Sí, niños queridos: no olvidéis lo que os acabo de decir. Es lo que digo a mis hijos también, y los quiero con toda mi alma.

Hablad con vuestros padres, con vuestros abuelitos, si los conserváis, con las personas



Otro servidor de la patria.

que os merezcan mayor confianza y respeto, y oiréis a todos ellos lo mismo que me estáis oyendo.

Sed trabajadores y no mintáis nunca, nunca, nunca.



Un gran servidor de la patria.

Y sea ésta mi última palabra y mi último consejo : *El que no trabaja y el que miente, no pueden llamarse patriotas, ofenden a la patria; no tienen derecho de pronunciar los nombres de nuestros grandes patricios.*

Creed lo que os digo; creedlo, aunque no lo compren-

dáis; creedlo, porque es cierto. Os lo juro; os lo juro por mis hijos queridos; os lo juro porque os amo a vosotros también, que sois todos un pedazo de la patria, de esa patria de la cual es menester que se diga :

— *Es un pueblo grande, porque es un pueblo honrado y trabajador...*

La clase estaba en profundo silencio. Nadie pestañeaba siquiera.

Pero, de pronto, un niño del segundo banco se levantó y dijo espontáneamente:

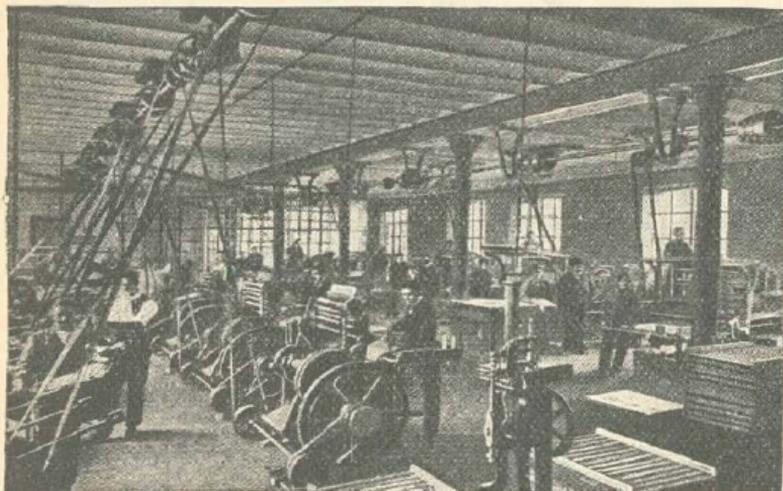
— ¡Señor! yo seré siempre bueno y trabajador, y diré siempre la verdad.

El maestro no contestó una palabra, pero lo abrazó.

¡Tenía lágrimas en los ojos!

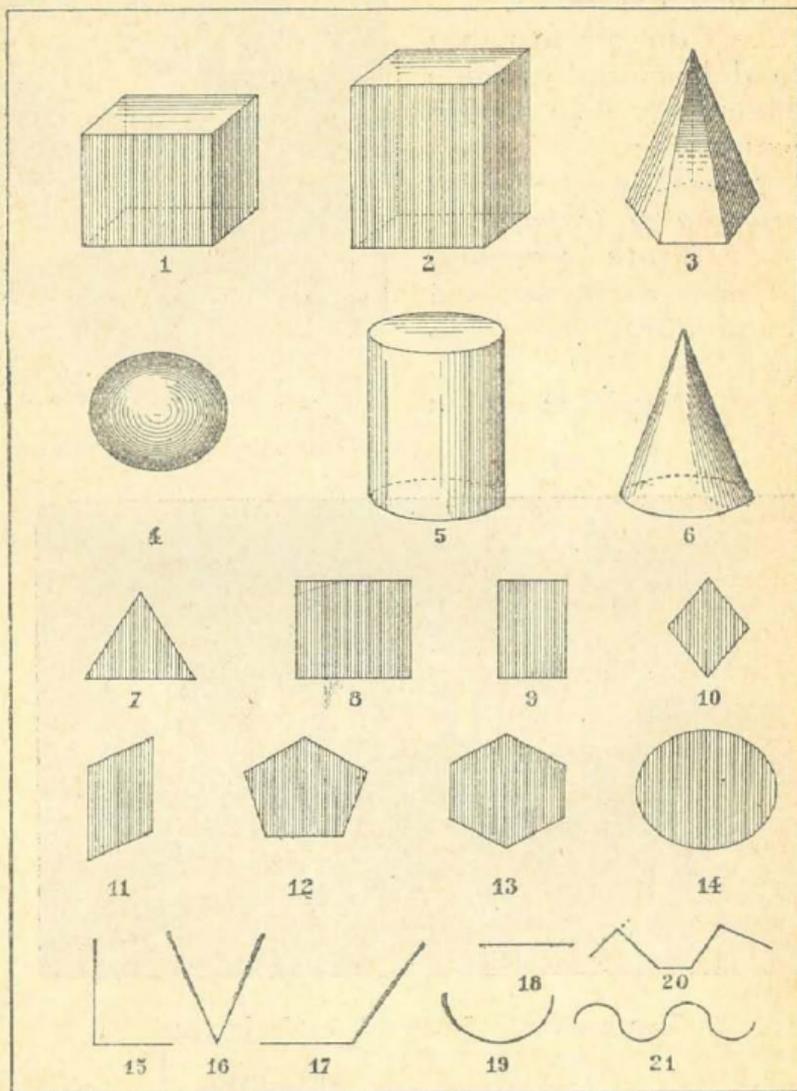


Otro servidor de la patria.



Una compañía de servidores de la patria.

96. — Elementos geométricos.
Sólidos, superficiales y líneas.



97. — TABLA PITAGÓRICA.

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
2	4	6	8	10	12	14	16	18	20
3	6	9	12	15	18	21	24	27	30
4	8	12	16	20	24	28	32	36	40
5	10	15	20	25	30	35	40	45	50
6	12	18	24	30	36	42	48	54	60
7	14	21	28	35	42	49	56	63	70
8	16	24	32	40	48	56	64	72	80
9	18	27	36	45	54	63	72	81	90
10	20	30	40	50	60	70	80	90	100

CONSEJOS PARA EVITAR LA TUBERCULOSIS.

La tuberculosis es una enfermedad muy difundida.

Se transmite de una persona enferma a otra sana, pero no es hereditaria.

Los tuberculosos pueden propagar su enfermedad por sus esputos, que contienen millones de microbios, los bacilos de Koch.

Todos debemos contribuir a evitar el contagio, para lo cual se tendrán en cuenta estos consejos:

- 1.º—**No debéis escupir en el suelo**, porque además de ser repugnante es peligroso. Los esputos pueden contener microbios nocivos; desecados, en el suelo se mezclan con el polvo de las habitaciones, y al respirarlo se corre el riesgo de contraer una seria enfermedad.
- 2.º—**No os serviréis de los pañuelos de bolsillo para escupir**, pero si os vierais obligado a hacerlo, los haréis hervir con agua, tan pronto lleguéis a vuestro domicilio. Debéis escupir en saliveras o recipientes apropiados, los que deberán hervirse y lavarse diariamente.
- 3.º—**Al toser o estornudar llevaréis el pañuelo a la boca**, porque las partículas de saliva pueden llevar consigo microbios productores de enfermedades.
- 4.º—**No debéis barrer vuestras habitaciones en seco.** — Es conveniente antes humedecer el suelo para evitar que se levante polvo que lleva microbios en suspensión. No hagáis uso del plumero, que sólo sirve para levantar los polvos, los que permanecen suspendidos en el aire de las habitaciones. Usad en su lugar trapos humedecidos. No debéis sacudir el polvo de los botines con los pañuelos de mano.
- 5.º—**No debéis tomar mate** — Aparte de ser anti-higiénico, es peligroso que varias personas tomen mate con la misma bombilla. ¡Cuántos contagios se deben al mate!

- 6.º—**No debéis fumar**, porque es un vicio pernicioso que además de producir enfermedades y pérdida de dinero, cuesta mucho dejarlo una vez adquirido.
- 7.º—**No debéis beber alcohol**. Los licores y aun el mejor vino, contienen alcohol que perjudica el estómago y destruye las fuerzas para la lucha por la vida. No repone ni tonifica como lo creen la mayoría de las personas. Es un enemigo de la salud. Favorece la tuberculosis.
- 8.º—**Los amigos de la salud** son el sol, el aire, la buena alimentación y el aseo personal. Debéis respirar aire puro en todas partes donde trabajéis o juguéis. Debéis respirar por la nariz y no por la boca.
- 9.º—**Debéis lavaros las manos antes de sentaros a la mesa**, limpiaros los dientes todas las mañanas y todas las noches.
- 10.—**Debéis dormir siempre con la ventana abierta**, o, por lo menos, entreabierta, cubriéndos bien para no experimentar frío.
- 11.—**Debéis dormir solo en vuestra cama**, y si fuera posible, sin otra persona en la misma habitación. Las mejores piezas de la casa deben ser destinadas para dormitorios.
- 12.—**Debéis pasear a pleno sol** con la cabeza cubierta y evitar las salidas en los días de viento y lluvia.
- 13.—**Debéis alimentaros bien**. Bebed mucha leche, recién hervida.

La tuberculosis puede ser curada, y cuanto más pronto se inicie su tratamiento, tanto más grande será la esperanza de su curación.

La tuberculosis es un peligro nacional. Luchar contra esta enfermedad es hacer obra patriótica. Si todos los habitantes de la República ayudan en esta campaña, la tuberculosis será vencida.

Dirección General de Escuelas de la Prov. de Buenos Aires,
Cuerpo Médico Escolar.

